

SEISMO COSMICO

PETER KAPRA

PETER KAPRA

SEÍSMO CÓSMICO

Ediciones **TORAY**

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

PORTADA: S. FABÁ

Depósito Legal: B. 33.276 -1971

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

Capítulo primero

TERREMOTO UNIVERSAL

»— ¡No tiembles, Nadia! —le había dicho el doctor Carrell—. Debes pensar en la vida del paciente.

Había estado muy nerviosa momentos antes. Tomó un calmante. Aquel día tenía una importancia extraordinaria para ella. Por vez primera, iba a dirigir el equipo de cirugía. Fue su padre, desde Nueva York, quien la llamó por videófono.

»— Tienes que operar a Ernest Mehler, hija. Me es imposible dejar la conferencia.

»— ¿Yo, papá?

»— ¿Y por qué no, hija? Tú conoces mejor que nadie el estudio preoperatorio de Mehler. Además, Jan Carrell estará a tu lado… Quiero que hagas esa operación.

Nadia Gamet, doctora en cirugía por la Facultad de París, no era, precisamente, una debutante. Hija, nieta y biznieta de famosos cirujanos franceses, podía decirse que pasó sus veintiocho años en torno a los quirófanos de la famosa Clínica Gamet.

Lo que inquietaba a Nadia en realidad no era el éxito del trabajo que debía realizar en el financiero de Francfort, sino la trascendencia del hecho que podría repercutir en su carrera si el archimillonario Ernst Mehler moría o vivía.

Nadia Gamet, junto con su padre, había estudiado el proceso evolutivo de la enfermedad de Mehler. Conocía hasta los más insignificantes recodos del cerebro del paciente a través de las numerosas radiografías biónicas efectuadas.

Ernst Mehler padecía un tumor cerebral. Sin embargo, altas,

misteriosas y necesarias exigencias financieras obligaron a sus allegados e íntimos colaboradores a informar que Mehler sólo padecía una indisposición pasajera, fruto del «exceso de trabajo» y que se «reponía» rápidamente en la clínica de un afamado doctor.

Esto era obvio. De Ernst Mehler dependían muchas empresas internacionales de la rama de la astronáutica. Se decía, incluso, que Mehler podía competir con la NASA y la «Soviet Technikal» juntas, aunque, en realidad, lo que el financiero había hecho fue poner la ciencia alemana al servicio de ambos organismos científicos.

Por tal concepto, rusos y americanos habían pagado a Ernst Mehler más de un billón de dólares en «royalties». Y desde principios del siglo XVI no partía una nave espacial hacia el cosmos, rusa o americana, sin que fuera revisada por los técnicos de Mehler.

Todo esto lo sabía Nadia Gamet y aún más. Por ejemplo, que en un pabellón especial de la Clínica Gamet, donde no podían entrar ni los encargados de la limpieza, vivían más de cincuenta personas pertenecientes al equipo administrativo de Mehler, y que un individuo alto, atlético, de piel morena y cabello rubio, de ojos azules y expresión inescrutable, apellidado Weiss, parecía dirigir todos los negocios del financiero, dando órdenes secas y tajantes, incluso al personal de la clínica.

Aquel individuo era el único que visitaba a Ernst Mehler en su salita privada. Jan Carrell, director de la Clínica Gamet, había intentado impedir tales visitas, pero el enérgico ayudante de Mehler le impresionó, al decirle:

—Si yo no puedo ver al señor Mehler cuando convenga a nuestra organización, daré órdenes para que sea trasladado a otra clínica.

Todo esto lo sabía Nadia, además de la desfavorable evolución de la enfermedad del importante paciente. Y era ella quien debía operarle. Si no lo hacía, antes de veinticuatro horas, Ernst Mehler moriría.

Y su padre no podía regresar. La Conferencia de Nueva York era muy importante. Ella trató de argumentar, mas no le sirvió de mucho. Su padre creía llegado el momento de concederle aquella responsabilidad.

Nadia, en su amplio y soleado despacho, repasaba las radiografías evolutivas de la enfermedad del importante enfermo. Había trazado ya el esquema de la operación, desde el corte frontal, la trepanación y la inversión cerebral, hasta la extirpación del tumor. Se había visto, incluso, con mano firme, desgarrando el vitelo tumoral y empuñando el

succionador.

Todo estaba previsto, calculado y estudiado, para las doce del mediodía, hora en que entraría en el quirófano principal, como solía hacer su padre, saludando con la cabeza a todos sus colaboradores.

Sonó el timbre del interfono. Nadia alargó la mano y presionó el pulsador.

—Sí, ¿qué hay, Marlene?

—El señor Max Weiss desea verla, señorita Gamet.

—Hazle pasar.

Nadia, instintivamente, se llevó las manos al cabello, cuyos mechones negros, rojos y verdes formaban un moderno estriado, obra del gran peluquero Cellin.

La puerta se descorrió y apareció el alto, grave e impresionante Max Weiss, quien entró como el poderoso tirano helénico que desciende hasta el alojamiento de su más humilde esclavo.

— ¿Es cierto que va usted a operar al señor Mehler? —preguntó aquel hombre con voz fría.

—Sí, es cierto.

— ¿Y el doctor Gamet?

—Está en Nueva York.

— ¡Que venga aquí inmediatamente!

Nadia sintió rebelarse todas las células de su cuerpo.

— ¡Mi padre no puede venir! ¡Y para operar al señor Mehler me basto y me sobro!

— ¡No lo consentiré de ningún modo! ¡Ha de ser el doctor Gamet quien opere, no usted!

Nadia miró con odio a su visitante.

—Mi padre asiste a una conferencia muy importante…

— ¡No hay nada más importante que la vida del señor Mehler, señorita Gamet! —replicó Max Weiss, en tono incisivo, colocando sus manos sobre la mesa de Nadia y pareciendo fulminarla con sus ojos azules, de la dureza del acero—. ¿Cuándo volverá el doctor Gamet? Si mi jefe ha de ser operado, será él quien lo haga; de lo contrario, me lo llevaré a Londres.

— ¡Hágalo! —gritó Nadia, fuera de sí—. ¡El señor Mehler no llegará vivo a Inglaterra! ¡Y en esta clínica mando yo!

Max Weiss se enderezó y sonrió. El tono de su voz cambió de inmediato, al preguntar:

— ¿Qué posibilidades tiene el señor Mehler de vivir?

—Si se refiere usted a vivir después de haber sido operado por mí, le diré que las mismas posibilidades que si le opera mi padre. La situación se ha agravado súbitamente. Ya no podemos esperar más. O se extirpa el tumor o su jefe morirá antes de veinticuatro horas.

»No hay más alternativa que ésa. Mi padre no puede venir. Y, si pudiera hacerlo, posiblemente, sería yo quien realizase la operación. Usted cuide que los negocios del señor Mehler marchen bien, que nosotros nos ocuparemos de su salud.

Pareció que Max Weiss iba a decir algo más. Pero, de pronto, dio media vuelta y se dirigió a la salida, abandonando el despacho sin hacer más comentarios.

A las doce menos tres minutos, Ernst Mehler era introducido en el quirófano. Un minuto después lo hacían Nadia Gamet y el doctor Jan Carrell. Los demás miembros del equipo quirúrgico estaban ya allí, embutidos en sus batas de color rosado.

Pero había alguien más, cuya presencia hubo de admitir Nadia contra su voluntad: dos hombres, también vestidos con batas rosadas y cubiertos con mascarillas. Uno era Max Weiss y otro un cirujano alemán. Ambos estaban allí para ser testigos de la importante operación.

Esta presencia inesperada se debió a una llamada videofónica efectuada desde Nueva York, por el propio doctor Gamet, quien ordenó a su hija que dejase presenciar la operación a los dos testigos.

Nadia no hizo objeción alguna y se dedicó a ultimar los detalles de la operación.

Y, por fin, llegó el momento de actuar.

Dentro del quirófano sólo podía hablar el jefe de equipo. Sin embargo, todo estaba tan estudiado de antemano, que Nadia no tuvo necesidad de formular siquiera un deseo. Los instrumentos le eran puestos en las manos con precisión matemática. Cada ayudante ejecutaba su tarea sin vacilaciones. Todos se habían aprendido de memoria el plan operacional, de principio a fin, y tanto el anestesista como los ayudantes y las enfermeras, conocían al dedillo cuanto iba a ocurrir.

Y Nadia actuó con mano segura y firme, realizando una perfecta trepanación, ante lo que el médico alemán, testigo de todo, se volvió a Max Weiss y le hizo una seña afirmativa.

Luego, a cerebro abierto, Nadia empezó a trabajar con pulso firme y

mirada serena. Una enfermera intentó secar el sudor de la frente de la joven cirujana, porque el calor del enorme foco les alcanzaba, pero ella negó con la cabeza.

Sin desviarse una milésima, el bisturí cortó el vitelo en círculo, para poder aplicar el succionador electrónico que ya sostenía un médico ayudante.

¡Y en aquel preciso instante tembló el suelo!

Fue una sacudida sísmica de brevísima duración. Pero lo suficientemente fuerte para hacer oscilar el gran foco, sacudir el instrumental de los anaqueles, hacer perder el equilibrio a todos los reunidos y, ¡desgraciadamente, por añadidura, alterar el firme pulso de la cirujano!

El bisturí se desvió en su trayectoria y rasgó una parte vital del cerebro.

Nadia emitió un grito agudo, como si hubiese sido ella la afectada por la herida del agudo instrumento. Luego retrocedió, con los ojos desorbitados, volviéndose hacia el demudado doctor Carrell, quien se había apoyado, instintivamente, en la mesa de operaciones.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, un hombre se movió con vertiginosa celeridad y se acercó al centro, donde estaba Ernest Mehler, con el cráneo abierto, manándole sangre por la involuntaria herida causada por Nadia.

— ¡Calma! —gritó aquel hombre, en cuyo acento autoritario e imperioso muy pocos reconocieron a Max Weiss—. ¡Hay que hacer algo!

El suelo volvió a temblar de nuevo, imperceptiblemente más fuerte que antes. En esta ocasión, algunos instrumentos cayeron al suelo. Y como Nadia Gamet chillase y retrocediera, Max Weiss la sujetó por los brazos, sin preocuparse del bisturí que todavía empuñaba ella.

— ¡Esto no es culpa suya, señorita Gamet! ¡Es un temblor telúrico! ¡Haga lo que pueda por el señor Mehler!

Nadia pareció recobrar la calma bruscamente, como sugestionada por la serenidad del ayudante de Ernest Mehler, que parecía el único no afectado por lo ocurrido.

Y la joven se acercó de nuevo a la mesa de operaciones. Un vistazo sobre el cerebro abierto del enfermo le bastó para comprender que el daño era ya irreparable.

Además el osciloscopio cardíaco empezó a fallar.

Luego, de súbito, las luces se apagaron, pero, automáticamente, se encendieron las de emergencia.

— ¡Se muere! —exclamó el médico encargado de los controles electrónicos.

Aquellas palabras se confundieron con el nuevo y tercer estrépito, más fuerte que los dos anteriores, a consecuencia del cual perdieron el equilibrio varias personas. Nadia hubiera caído también, mientras todo el mundo chillaba y trataba de huir, presa del pánico, si Max Weiss no la hubiese sujetado de los hombros.

— ¡Siga usted operando, por el amor de Dios!

— ¡Es un terremoto! —gritó alguien, con voz histérica.

— ¡Imposible! —rugió Weiss—. Ésta no es zona de seísmos… Hay que salvar a Ernst Mehler.

El temblor cesó. Había durado unos segundos más que los anteriores.

Los que cayeron al suelo se levantaron y miraron aturdidos en torno suyo, como buscando al jefe de operaciones. Nadia Gamet debía decir algo, hacer, mandar u ordenar. Aquel imprevisto era terrible.

Nadia pareció rehacerse entonces y se acercó a los comprobadores electrónicos. Después se volvió y dijo, con voz emocionada:

—La operación ha terminado… Jan, por favor, cierre el cráneo… Voy a mi despacho.

Casi corrió hacia la puerta. Max Weiss la alcanzó en el mismo dintel.

—No se atormente usted.

— ¡Déjeme, se lo ruego!

—La acompañaré. Sé lo que siente. Esta operación era tan importante para usted como para mí. La fatalidad se ha vuelto contra nosotros. Nadie puede culparla.

A punto de romper a llorar, mientras enfermos y empleados de la clínica corrían en busca de las salidas, Nadia miró al hombre que tan exigente se había mostrado con ella horas antes.

— ¿Por qué ha ocurrido esto, precisamente, en tal momento?

—Han sido tres temblores seguidos, de escasa duración —contestó él —. Pero ni el más experto cirujano, en una operación así, habría evitado que el bisturí temblase en su mano durante el seísmo.

— ¡Corran! —gritó alguien que pasó por su lado, presa del pánico—. ¡El edificio se va a hundir!

Ni Max ni Nadia le hicieron caso. Tres débiles temblores de tierra no podían derribar la Clínica Gamet, aunque había bastado uno solo, de breves segundos de duración, para destruir la vida de uno de los hombres más importantes del mundo.

Sin hablar nada más, Max Weiss y Nadia Gamet se dirigieron hacia el despacho de esta última. Las secretarias estaban alarmadas y hacían toda clase de comentarios. Al ver llegar a Nadia, empero, todas callaron.

—Marlene —ordenó Nadia—, llama a mi padre y pásame la comunicación al despacho.

—Sí, señorita.

Cuando estuvieron en el despacho de ella, donde algunos objetos se habían caído al suelo, mientras los recogía, Nadia preguntó:

— ¿Qué hará usted ahora, señor Weiss?

—Primero, reponerme… ¿Tiene algo para tomar?

—Sí. Ahí está el bar. ¿Quiere servirme un cordial?… Todavía no lo comprendo. Jamás había ocurrido.

—Sí, y eso me extraña —contestó él—. Naturalmente, se trata de un fenómeno natural. Pero ha sido muy inoportuno. ¿Sabe lo que representa la muerte de Ernest Mehler? Se lo voy a decir… Habrá que renovar los contratos firmados por él… Son miles de millones de dólares. ¡Eso me aterra! Nuevas conferencias, reuniones, consejos, trámites inimaginables… ¡La muerte de Ernest Mehler es una catástrofe!

El timbre del videófono sonó. La voz de Marlene sonó trémula cuando Nadia pulsó el conmutador.

— ¡Imposible comunicar siquiera con París, señorita Gamet! ¡Todas las comunicaciones están interceptadas! ¡Algo terrible está ocurriendo!

Max Weiss dejó la botella que había tomado del bar y se acercó a la mesa de Nadia.

— ¡Póngame usted con Wilhelm Kraus! ¿Hay comunicación interior?

—Sí, señor Weiss. Le pongo.

En la pantalla videofónica apareció un rostro joven y de rasgos correctos.

— ¿Qué ocurre, Wilhelm?

— ¡Estaba tratando de localizarte, Max! ¿Qué ocurre? ¡Algo increíble! ¡Tres temblores de tierra a escala universal! ¡Hasta las bases lunares han sido afectadas por los seísmos!

—Calma y no perdáis la cabeza. Escucha, Wilhelm; el jefe ha muerto.

— ¡No!

—La operación era delicada. Y el primer temblor se produjo cuando le operaban.

— ¡Cielo santo! ¿Qué hacemos, Max?

—Llama a todos los consejeros inmediatamente. Cítales en Francfort para las diez de esta noche. No podemos hacer nada más.

—Sí, Max… No sé si me será posible. Estamos recibiendo noticias terribles de los Estados Unidos… Nueva York está incomunicado. Las últimas noticias que hemos recibido, hace unos instantes, son llamadas de socorro de la NBC Broadcasting. Parece como si allí el seísmo hubiese hecho más daño.

—Pero ¿cómo puede producirse un terremoto a escala universal, Wilhelm?

—Y yo ¿qué sé?

Nadia Gamet, muy pálida, exclamó:

— ¡Mi padre…! ¡Mi padre está en Nueva York!

Max cerró la comunicación videofónica y miró a Nadia.

Su semblante moreno era una máscara sin expresión, al decir:

—Un seísmo de esa magnitud ha debido de aniquilar medio mundo… Pero es inconcebible que se haya registrado también en la Luna. No sé mucho de geología. Lo normal. Por eso no puedo comprenderlo.

Nadia no le escuchaba, manejando febrilmente los conmutadores y realizando inútiles llamadas a distintos lugares. Todo el personal de la clínica parecía haber abandonado sus puestos.

Sin embargo, Marlene y sus compañeras de oficina continuaban allí, a la espera de órdenes. Fue una de ellas quien acertó a comunicar con la cadena de la Red Nacional de Auxilio, cuyas antenas estaban pidiendo ayuda urgente a todos los hospitales y clínicas del país.

Nadia, Max Weiss y el doctor Carrell, quien llegó en aquel instante del quirófano, pudieron oír la emocionada voz de la R.N.A., que decía:

— ¡…millares de muertos en el estadio de Versalles a causa del pánico! ¡De todas las ciudades del país recibimos llamadas de auxilio! ¡Es preciso enviar ambulancias a todas partes! ¡Nos llaman también desde Reims, desde Marsella, Lyon, Tolouse, pidiéndonos suero y helicópteros! ¡Lo más impresionante es que, según informes que estamos recibiendo, toda Europa ha sufrido las consecuencias del terremoto! ¡Hasta en América y Asia! ¡Se trata de una catástrofe a escala universal, como si nuestro viejo planeta hubiese sufrido una apocalíptica contracción!

»¡Por favor, hagan lo humanamente posible! ¡Ésta es una llamada especial y extraordinaria de la Red Nacional de Auxilio!

— ¡Debe de ser espantoso! —exclamó Max Weiss.
—Prepárese, Jan. Hay que prestar auxilio. Somos médicos…

Capítulo II

¡APOCALIPSIS!

Inclinada sobre la pantalla de visión osciloscópica, a bordo del pequeño «jet» de propulsión fotónica, propiedad de Max Weiss, y que pilotaba él mismo, Nadia Gamet, con ojos desorbitados, apenas podía creer en el inmenso horror que contemplaba, unos miles de metros por debajo de ellos.

¡Nueva York era un montón informe y humeante de ruinas!

Parecía como si la más importante ciudad de América del Norte hubiese sido el epicentro de un fortísimo cataclismo telúrico, cuyas ondas demoledoras se hubieran extendido a toda la superficie del planeta.

En realidad, la ciudad de los rascacielos sufrió mayor castigo que otras poblaciones mundiales debido a su elevada y atrevida arquitectura. Las altas torres de acero se estremecieron durante el primer movimiento, para agrietarse y desplomarse durante el segundo y el tercero, que fueron más intensos.

Y la catástrofe adquiría allí, entre el Hudson y el East River, una magnitud increíble.

No era el «jet» de Max Weiss el único aparato volador que se cernía sobre aquel ingente montón de ruinas. Aparatos de todas clases, desde viejos helicópteros de la Armada, que estaban suspendidos en el aire, hasta «alas-delta», «discos-volantes», rápidos «jets» transoceánicos, y globos aerostáticos, prestaban su ayuda para evacuar a seres desesperados y enloquecidos por el terror.

También acudían a auxiliar por tierra y por mar. El ejército había intervenido rápidamente, colaborando con las diezmadas fuerzas de policía, bomberos, sanidad. Pero el drama era inmenso.

—Voy a intentar tomar tierra en Central Park —dijo Max Weiss—. Pero me temo que nos incautarán el «jet» en cuanto nos posemos, para evacuar heridos.

— ¡Mi padre estaba alojado en el «Star Hotel»! ¡Debía encontrarse preparando sus notas!

Max Weiss conocía perfectamente el más moderno e importante hotel de Nueva York. Y había visto sus escombros desde el aire, nada más llegar. Pero no se lo dijo a Nadia. Podía darse el caso de que el doctor Gamet, por alguna razón, no estuviese en sus habitaciones del «Star» cuando se produjo el terremoto.

Invirtiendo la propulsión del «jet», Max Weiss hizo descender su moderno y brillante aparato, eligiendo un claro entre los árboles de Central Park, donde se movían millares de personas, unos chillando desesperadamente, otros arrodillados y rezando, y los más moviéndose de un sitio a otro, como sonámbulos, tratando de reconocer a algún familiar o amigo.

Max hubo de invertir la propulsión fotónica, porque el descenso a tierra habría calcinado a las personas que estaban abajo. Los invisibles y potentes rayos de luz, desviados hacia el cielo, hicieron bajar la nave algo más aprisa de lo normal.

Al mismo tiempo, Max hizo sonar un agudo pitido, para que se apartara la gente. Pero cuando se posó en tierra, aquella horda les rodeó, y muchos quisieron subir sobre la plataforma.

— ¡Sacadnos de aquí, por el amor de Dios!

— ¡Esto es el fin del mundo!

— ¡Piedad, señor; piedad!

Max abrió la puerta y empujó a varios individuos desesperados que trataron de introducirse dentro de la cabina.

— ¡Atrás! ¡Dejen salir!

Dos cayeron al suelo, siendo pisoteados por los otros. Una gran avalancha de hombres y mujeres acudía ya, al creer que la pequeña nave de Max era un aerobús de socorro.

Max hubo de retroceder y volver a cerrar la puerta. Se volvió a la angustiada Nadia y le dijo:

—Lo siento… ¿Quiere correr el riesgo de salir?

—Debo hacerlo, señor Weiss.

Fuera, la muchedumbre golpeaba con pies y manos — ¡y hasta con piedras!— el fuselaje del «jet», tratando de intimidar a sus ocupantes y obligarles a dejarles entrar. Como esto no era posible, dado que se

habían congregado en pocos instantes más de dos mil personas, Max Weiss optó por ocupar el control y remontar de nuevo el «jet».

Hizo un despegue lento, porque sabía que varios individuos se habían asido al aparato. Efectivamente, aullando, aquellos sujetos se apresuraron a saltar sobre la gente arremolinada abajo.

Max no se elevó más que un par de metros, haciendo oscilar el «jet». Cuando comprobó que no había nadie subido en la nave, se elevó rápidamente.

—Es imposible, señorita Gamet. Todos quieren huir al campo, a los amplios espacios. Si dejo entrar a unos cuantos, no habríamos podido despegar… ¡Hay demasiada gente enloquecida!

Con lágrimas en los ojos, Nadia suplicó:

— ¡Alguien tiene que decirnos dónde está el «Star Hotel»!

—Se ha debido de derrumbar, como casi todos los edificios grandes… Si su padre vive, estará confundido entre esa masa de gente. O tal vez haya sido evacuado. A la Conferencia Médica Internacional han acudido los más prestigiosos médicos del mundo. Alguien ha debido de socorrerlos.

De pronto, Max vio un lugar despejado, donde se movían fuerzas del ejército y policías. Era el «Yanqui Stadium».

—Tal vez allí podamos saber algo. Voy a descender.

Efectivamente, a pesar de que numerosos helicópteros iban y venían en aquel famoso lugar, Max pudo tomar tierra en un extremo. Inmediatamente, un oficial del ejército corrió hacia ellos, gritándoles:

— ¿Tienen espacio para llevar heridos?

—Sí —contestó Max—. La señorita Gamet puede ayudar. Es médico cirujano. Venimos de París, Francia. El padre de ella, el doctor Gamet, asistía a la Conferencia Médica Internacional.

—Tenemos aquí algunos médicos internacionales, sí —contestó el oficial—. Tal vez sepan algo. ¿Es cierto que el terremoto se ha sentido también en Europa?

— ¡En el mundo entero, capitán! —contestó Max, ayudando a descender a Nadia—. Aquí hacen falta médicos, señorita Gamet.

— ¿Y mi padre?

—Ellos le ayudarán a encontrarle. De momento, no tiene más remedio que atender a los heridos. Yo también haré lo que pueda… Esto es una catástrofe universal.

Nadia asintió. Estrechó la mano de Max y hasta tuvo una sonrisa, triste y forzada, mientras sus manos se apretaban con fuerza.

—Suerte, Nadia Gamet.

* * *

Max Weiss trabajó incansablemente durante toda la noche. Realizó más de ochenta viajes desde el «Yanqui Stadium» hasta una pradera próxima a New Jersey, donde, en tiendas de campaña del ejército, se había instalado un hospital de sangre.

En cada viaje transportaba seis o siete heridos. Todos eran casos desesperados, porque el ejército daba prioridad a los más graves, dejando en el estadio a los heridos que podían resistir un poco más. Por otra parte, el desescombro se iba acelerando; las brigadas de auxilio se organizaban con mejores medios, dado que iba llegando ayuda de todas partes del país.

También llegaban noticias, cada vez más concretas. Uno de los enfermeros que acompañó a Max en varios viajes parecía estar bien informado.

—Ha sido un terremoto dividido en tres, de triple intensidad del último al primero. Y exactamente en todas las regiones del mundo. Pero lo más increíble es que también en la Luna y en las bases de Marte se ha dejado sentir el triple seísmo.

—Eso nos dijeron en París, esta tarde —contestó Max—. Pero yo no quise creerlo.

— ¡Es que es increíble! ¡Algo ha debido de ocurrir en el sistema planetario!

—Tal vez un cometa… —sugirió Max.

—O una expansión o contracción solar —añadió el enfermero.

Más tarde, casi de madrugada, un coronel de la fuerza aérea obligó a Max a descansar diez minutos para tomar café y unos bocadillos, mientras varios soldados limpiaban el interior del «jet».

—Hace horas que le vengo observando —dijo el coronel, cuyo nombre era Allyson—. Ha realizado usted muchos más viajes que nadie. Su «jet» es muy rápido.

—Sí, es un prototipo «Mehler-Brisk» —contestó Max, aceptando el café que le entregó un soldado—. Gracias.

—Le agradecemos extraordinariamente su ayuda —añadió Allyson —, ¿De dónde ha venido?

—Habitualmente, resido en Francfort, Alemania. Pero me encontraba en París a las doce del día de ayer.

— ¿Y ha venido a los Estados Unidos…?

Max explicó el motivo de su viaje y las circunstancias por las que se encontraba allí.

—Dejé a la señorita Gamet para atender a los heridos y yo me he dedicado al transporte.

— ¡La catástrofe nos tiene a todos anonadados! Se calculan más de cinco millones de muertos sólo en Nueva York. Pronto será necesario evacuar y volar con T.N.T. lo que quede… En Chicago, Los Ángeles, San Francisco, Miami, Detroit y Boston, según los últimos informes, más de la mitad de sus poblaciones han muerto o están sepultadas bajo los escombros.

»Pero no es sólo aquí… Londres, Tokio, Río de Janeiro, Calcuta, Quebec, Roma, Moscú… En todas partes ha sido igual. Jamás había conocido la Humanidad una catástrofe como ésta desde los tiempos del diluvio.

— ¿Y las causas? —preguntó Max.

—Desconocidas y extrañas. En la Base Armstrong, de la Luna, se ha producido el mismo fenómeno. Y en la estación orbital «Sirio-IV», que es un laboratorio espacial, también han detectado una fuerte vibración. Por esto suponemos que se trata de un fenómeno a escala cósmica o, al menos, producido en todo el Sistema.

— ¡Horroroso! —exclamó Max, evocando todo cuanto había visto—. Esto puede cambiar el curso de la historia de la Humanidad, coronel.

— ¿Por qué lo dice? Los que hemos sobrevivido al desastre crearemos un mundo nuevo.

—Eso es un tópico. El mundo siempre es nuevo, coronel. Ayer yo tenía la mente llena de importantes proyectos. Mi agenda estaba cubierta hasta el año próximo, contados los minutos, uno por uno, sin poder distraer ni uno solo.

»Hoy, en cambio, todo se ha derrumbado. Las entrevistas y llamadas que debía realizar han sido canceladas por esos tres temblores de tierra. Y esto me hace pensar que hemos forjado un mundo artificial, cuya auténtica dimensión nos era desconocida.

»Ha bastado el seísmo y todos hemos dejado de ser lo que éramos. ¿Me comprende usted? ¿Qué es lo que va a suceder después de esto? La gente está enloquecida. Todavía impera el terror. Pero luego, hoy o mañana, surgirán las necesidades de supervivencia.

—Se están tomando medidas para evitar el saqueo y el pillaje —dijo Allyson.

—Aquí sí, tal vez. Pero el mundo es grande. Y un desequilibrio como éste puede crear una vuelta a la Prehistoria. ¿Quién le dice que el ejército continuará obedeciendo órdenes?

»Yo mismo, Max Weiss, ejecutivo principal de Ernst Mehler, he dejado mi puesto. Debería estar ya en Francfort, tratando de organizar nuestras industrias, ordenar, saber lo que ha ocurrido… ¡Y aquí me tiene, transportando hombres y mujeres que no conozco!

El coronel Allyson se había quedado asombrado al oír las últimas palabras de Max.

— ¿Es usted Max Weiss? —preguntó.

—Soy un hombre de carne y hueso, como usted y los demás, a quien no le ha caído encima una viga de hierro. Y mientras haya alguien gimiendo bajo los escombros, ni usted ni yo tenemos derecho a estar aquí, charlando y tomando café.

»Este terremoto ha matado al hombre que yo más quería. Ernst Mehler me lo dio todo en la vida. Yo le debía fidelidad hasta la muerte. Ahora ¿qué?

—Supongo que debe usted continuar dirigiendo la empresa Mehler.

—Sí, supone usted bien. Pero estoy aquí, llevando heridos.

—Puede usted volver a Europa, si lo desea, señor Weiss. Otros harán su tarea.

—Vine aquí a traer a la mujer cuya mano acabó con la vida de Ernst Mehler. Esto es paradójico. Ella no tuvo la culpa. Tembló el suelo y temblaron las manos de todos los seres de la Tierra. El bisturí hirió de muerte. Aunque hubiese estado en las pinzas de un robot habría temblado el acero…

Max se detuvo, pasándose la mano por el rostro. Luego suspiró.

—Perdóneme, coronel. Creo que es mejor que vuelva a Francfort. Me esperan… Hágame un favor. Dígale a la doctora Gamet que debo irme. Si pueden ayudarla a encontrar a su padre, les quedaré muy reconocido.

—Desde luego que lo intentaremos, señor Weiss. Se lo prometo.

—Gracias. Y cuiden de la doctora Gamet.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Max regresó a su «jet». En esta ocasión no transportó ningún herido. Al remontarse en el cielo, ya cárdeno, orientó la proa del aparato hacia el Atlántico, colocó el piloto automático y entornó los ojos.

Tenía dos horas para poder dormir. Lo necesitaba tanto…

* * *

Los disparos procedían del interior de uno de los hangares de servicio. Max advirtió los fogonazos al mismo tiempo que notaba las balas blindadas repiquetear sobre el fuselaje.

Inmediatamente, Max abrió un pequeño armario situado bajo el tablero de control, de donde sacó una moderna pistola que disparaba cápsulas de gas eléctrico.

Al extremo del al parecer abandonado campo de experimentación de la compañía Mehler, cuyo edificio principal estaba derruido, un vehículo rápido, de suspensión por aire, surgió de la carretera exterior, embistió la valla metálica, destruyéndola en parte, y se dirigió hacia donde había tomado tierra Max.

En aquel mismo instante, el zumbido del radio-control hizo volverse a Max, quien descolgó el auricular.

— ¿Qué diablos ocurre aquí? ¿Quién llama? —preguntó.

—Soy Wilhelm Kraus, Max… No salgas del «jet» hasta que eliminemos a esos locos. Están armados.

Max Weiss, pistola en mano, miraba al vehículo que se acercaba a gran velocidad. Y, efectivamente, pudo distinguir a Wilhelm, tras los cristales blindados, con el auricular en la mano.

El «craft» pasó raudo junto al «jet», directamente hacia los hangares. Se detuvo a menos de cincuenta metros de ellos y los fusiles eléctricos de la guardia que acompañaba a Kraus entraron en funciones, perforando las planchas con sus dardos electrónicos.

Max vio salir a un hombre, vestido con el mono gris de los empleados del campo. Surgió de una de las puertas correderas medio cerradas. Parecía asustado y tenía las manos en alto.

Desde el «craft», los hombres de Wilhelm Kraus dispararon contra aquel individuo. Horrorizado, Max Weiss vio arder sus ropas, doblarse su cuerpo y caer al suelo, donde intentó arrastrarse, lográndolo sólo unos metros.

— ¡Wilhelm! —gritó Max, por radiocontrol—. ¿Qué estás haciendo?

—Luchando por nuestras vidas. Todo el personal auxiliar se ha amotinado. Aquí ya no hay más ley que la fuerza, Max. Han matado a los ingenieros Huffer y Novorik. Retienen a numerosos técnicos en los hangares…

—Y ¿por qué no me has advertido?

—La radio no funciona a distancia. Carece de potencia. Apenas tenemos energía. Sólo el radiocontrol de corto alcance nos permite

comunicarnos. Será mejor que lleves el «jet» tú mismo hacia lo que ha quedado de los laboratorios.

—Sí… Está bien, Wilhelm.

Max dejó el arma que había sacado del armario sobre el asiento contiguo al suyo y tomó los mandos, poniendo de nuevo el motor fotónico en marcha, para dirigir el aparato hacia donde le había dicho su colaborador.

Allí se hallaban numerosos hombres, también armados. Max los conocía a casi todos. Eran empleados de seguridad y vigilancia de la compañía Mehler. Al abrir la puerta y saltar a tierra, le saludaron todos con simpatía.

El «craft» donde iba Kraus no tardó en llegar también. Max estaba examinando los laboratorios técnicos, que parecían hallarse en buen estado, aunque todas las ventanas carecían de cristales.

Vio acercarse corriendo a Katryn Swanken, la jefe de Coordinación Técnica, que había salido del laboratorio de síntesis. Llevaba un vendaje alrededor de la cabeza, pero esto no ocultaba su singular belleza.

— ¡Gracias a Dios que has vuelto, Max!

— ¿No tengo despacho?

—Hemos reunido lo que ha sido posible en la sala de recepción de Koblen… ¡Qué horror, Max!

Wilhelm Kraus también se acercó y tendió la mano a Max.

— ¿Y él? —fue lo primero que preguntó Max.

—Le hemos traído aquí. ¿Has visto cómo está el Edificio Mehler?

—Sí… En todas partes es igual. —Max consultó su reloj de pulsera, mientras caminaba hacia el laboratorio de Síntesis—. Las doce, Max. Todo empezó ayer. Hace veinticuatro horas exactamente.

—No ha sido posible avisar a los consejeros. Han venido cuatro, sin embargo.

Whilhelm Kraus se detuvo bruscamente, como hicieron todos al sentir de pronto temblar el suelo.

— ¡Otra vez! —chilló Katryn Swanken, tornándose pálida.

Y, efectivamente, el terremoto, más intenso y fuerte que el tercero del día anterior, sacudió el suelo, lo agrietó, derribó paredes y provocó un pánico intenso y mortal.

¡Y se repitió tres veces, cada vez con mayor intensidad!

CAPITULO III

ANIQUILAMIENTO TOTAL

La enorme tienda de lona estaba protegida por una barricada de sacos, bidones y cajas llenos de tierra. Se habían abierto aspilleras tras las que vigilaban hombres armados con fusiles eléctricos y convencionales. Había también focos preparados para las horas nocturnas.

En un perímetro de varios kilómetros, coches y aparatos voladores, con personal adicto de la compañía, aguardaban atentamente a las órdenes que llegaban por radio desde la improvisada sede de la Compañía Mehler, en la base experimental de las cercanías de Offenbach.

Max Weiss había organizado en pocas horas aquel cuartel general, dado que, tras la última serie de temblores, ni siquiera los laboratorios quedaron en pie.

De nuevo pudieron comprobar que los seísmos habían sido universales. Pero como en el segundo día la intensidad fue mayor, casi todos los edificios que quedaron en pie se habían desplomado.

A pesar de ello, Max Weiss pretendía seguir dirigiendo los destinos de la gran empresa de la que ahora era único responsable, interinamente.

La gran tienda de lona estaba dividida en numerosos departamentos. Max había instalado su despacho en uno de ellos. Sólo tenía allí una mesa, rescatada de entre los escombros, y un pequeño aparato de radiocontrol.

No estaba solo. Más de diez personas se encontraban dentro de su despacho. Wilhelm Kraus y Katryn Swanken eran dos de ellas. El que estaba hablando con Max era el ingeniero astronáutico y astrónomo, Einrich Koblen.

— ¡No es una erupción solar, señor Weiss! Nada se ha alterado en la

superficie del Sol. Y que yo sepa no existe fuerza cósmica alguna capaz de producir estos seísmos en todos los planetas del sistema.

—Pero se producen, Einrich. Y las consecuencias no pueden ser más catastróficas. A las últimas sacudidas sísmicas se han unido los maremotos y las erupciones de varios volcanes.

»Esto parece el fin del mundo. En dos días, seis temblores de tierra de creciente poder. Y me temo que mañana, a las doce en punto, se produzcan otros tres nuevos temblores que serán definitivos para el aniquilamiento total.

—Ya no queda nadie en las ciudades, Max —dijo Katryn—. Nuestros cohetes de reconocimiento han traído filmaciones magnéticas de casi toda Europa y África. La gente ha huido a los campos.

—Los supervivientes —dijo Max, tristemente, con la mirada extraviada, pensando en una joven doctora que dejó en la destruida ciudad de los rascacielos— deben luchar por sí mismos… Sigue investigando el cielo, Einrich. Probad con los radiotelescopios.

—No ha quedado ninguno intacto, Max.

— ¿Y Jodrell Bank? —preguntó Max—. Que vaya alguien en un «jet» a ver si han averiguado algo.

Einrich Koblen salió. Otro hombre se acercó a la mesa.

—Cinco mil personas se han refugiado en la base, señor Weiss. No tenemos alimentos.

— ¡Búsquelos, Ritter! ¡Antes de los terremotos, todas ésas personas y muchísimas más tenían asegurado el sustento! ¡Si vivir es vital ahora, los alimentos son primordiales! ¡Vayan a buscarlos donde los haya!

—Necesito camiones y hombres armados.

—Wilhelm se los proporcionará.

Ritter se volvió a Wilhelm. Ambos salieron juntos del despacho.

Pasaron luego dos de los consejeros de la compañía. Su pretensión era increíble, dadas las circunstancias. Uno de ellos, llamado Hermann Schwartz, dijo:

—El señor Okimo y yo, como consejeros de la compañía, hemos decidido sustituir a Ernst Mehler. Por tanto, a partir de ahora, las órdenes más convenientes emanarán de nosotros.

Ante aquella insólita pretensión, Max Weiss dio un brinco en su asiento. Sus azules ojos llamearon con furia, al gritar:

— ¿Se da usted cuenta de lo que dice, señor Schwartz? ¿De qué compañía es usted consejero? ¿De la Mehler? Y ¿qué ha quedado de ella? ¿Por qué no va usted y se instala cómodamente en las oficinas

centrales?

— ¡No tiene usted derecho a hablarme…!

— ¡Y hasta a echarle a patadas de aquí, señor Schwartz! —rugió Max—. ¡Ustedes no son consejeros de nada! ¡Lo que ha quedado de la compañía son un grupo de hombres, unos amotinados y enloquecidos, y otros que tratamos de conservar la vida!

»Aquí no obedecemos más que al recuerdo de Ernst Mehler. Y yo era su principal ayudante. Él confiaba en mí. Si el terror pasa y logramos salvar algo, ustedes recibirán un informe de mi labor. No pretendo apoderarme de nada que no me pertenezca.

»Pero sepan muy bien que, por ahora, las órdenes las daré yo.

— ¡El señor Mehler está muerto y nosotros somos…!

— ¡Guardia, llévense a estos dos necios! —gritó Max.

— ¡Somos consejeros principales! —gritaron Okimo y Schwartz a un tiempo.

Pero los fusiles de la guardia no les permitieron seguir hablando. Un oficial de seguridad preguntó a Max:

— ¿Los encerramos?

—No, déjenlos marchar. Ponga un vehículo a su disposición. Que se vayan a Francfort o a donde quieran.

—Sí, señor Weiss.

Eran continuas las consultas. Hombres y mujeres de todas las edades entraban y salían del despacho de Max para pedir instrucciones.

—Monten tiendas y protéjanlas… Los niños deben permanecer donde están. No deben faltarles alimentos. Dígaselo a Ritter. Ni que se hable de horrores delante de ellos. ¿Me ha comprendido, Hugo?

—Sí, señor Weiss.

Al anochecer, Wilhelm Kraus llegó con un hombre alto, desconocido para Weiss.

—Un enviado del Consejo de Europa, Max —dijo Wilhelm—. Quiere hablar contigo.

Max se levantó y estrechó la mano de su visitante, quien extrajo una carta de su maletín de acero y se la tendió a Weiss, sentándose luego.

Max abrió el sobre y leyó atentamente el contenido de la misiva. Luego observó a su visitante.

—Señor Lambert, yo no soy Ernest Mehler.

—Sé que ha muerto. Acabo de enterarme. Pero usted ocupa su puesto. El Consejo de Europa también ha sufrido grandes y lamentables

pérdidas. Tratamos de encontrar un medio para reorganizar el mundo y necesitamos de la ayuda de ustedes. Aquí hay cohetes que pueden…

— ¡Habían cohetes! —exclamó Weiss—. Apenas si tenemos un centenar de aparatos auxiliares.

—Necesitamos esos aparatos, señor Weiss.

—Lo siento. No se los puedo dar. Nosotros también los necesitamos. Estamos efectuando reconocimientos aéreos. No hay comunicaciones y los aparatos nos sirven para abastecernos. También tratamos de averiguar cómo se producen los seísmos y hasta tenemos una teoría al respecto.

Edmond Lambert, que era un simple funcionario del Consejo de Europa, reclutado entre los supervivientes, carecía de tacto y de personalidad para tratar con un individuo de la talla de Weiss. Estaba incluso cohibido.

—El destino de toda la humanidad depende de la serenidad que tengamos ante la magnitud de la catástrofe… —empezó a decir Lambert, como si pronunciase un discurso ante numeroso público.

Max le atajó secamente:

—Vuelva a Estrasburgo y dígale al presidente Neel que los aparatos con que contamos aquí son nuestros y los necesitamos. Yo no trato de inmiscuirme en las decisiones del gobierno. Entiendo que existe demasiado desconcierto en todas partes y tanto derecho tenemos nosotros a defendernos con esos aparatos como ustedes con los del ejército.

»Quedarnos indefensos ante las hordas que nos acechan por todas partes sería un suicidio. Lo siento. Hagan ustedes como yo. Defiéndanse con lo que tengan.

Edmund Lambert abandonó el despacho, cabizbajo. Media hora después, Katryn Swanken habló por radio-control con Max.

—Max, el embajador Lambert solicita asilo —declaró.

— ¿Qué?

—Dice que se sentiría muy honrado si le permitiéramos quedarse aquí. Estima que esto es más seguro que Estrasburgo.

—Está bien, Katryn. Que se quede. Pero deberá colaborar con nosotros. ¿Cómo llegó?

—En un «discovolante» de la Escuela de Vuelo de Salwik.

—Necesitamos ese «disco» y su piloto, Katryn. Dile a Lambert que se queda si el aparato y el piloto lo conducirá a nuestras órdenes.

* * *

Al día siguiente, a las doce del mediodía, como se esperaba, se produjeron tres nuevos y más fuertes temblores de tierra, el primero de más de un minuto de duración, el segundo de dos minutos y medio, y el tercero, que fue la apoteosis, duró exactamente cinco minutos.

Weiss, situado en el centro del campo de pruebas espaciales, vio abrirse una grieta de más de ocho metros de anchura a menos de tres metros de donde se encontraba. Un camión fue engullido por aquella siniestra zanja, mientras el suelo se agitaba violentamente, derribando hasta la barricada de sacos y cajas de tierra, y, por añadidura, la tienda de lona.

Los gritos de todos cuantos se encontraban en la base casi apagaron el rugido del atormentado suelo, que ni siquiera pudo conservar sus árboles situados en el perímetro de la estación aeronáutica.

Cerca de Weiss, tendida en tierra, Katryn Swanken, rotas las uñas al pretender aferrarse al pavimento, gemía y reía al mismo tiempo, presa del pánico.

El terremoto triple fue de mucha mayor intensidad que los días anteriores y también ocasionó víctimas, aunque no tantas como el primer día, en que sepultó a medio mundo bajo los escombros.

La repetición del seísmo, a la misma hora exacta que en los días precedentes, demostraba palpablemente que un fenómeno cósmico y cronológico se estaba produciendo, como si estuviese animado o dirigido por una fuerza inteligente.

En esto había pensado Max Weiss al producirse el segundo seísmo. Y ahora su creencia parecía confirmarse. En primer lugar, estaba el hecho singular de la periodicidad; en segundo, el aumento de duración de cada sacudida, como si fuese el duplo natural de la anterior.

El tercer temblor cesó, al fin, y Max Weiss tuvo la impresión, al levantarse, de que el suelo continuaba temblando. Muchos objetos y personas habían sido desplazados de lugar. Otros habían sido engullidos en las enormes grietas que se abrieron en el suelo.

Weiss ayudó a Katryn a levantarse, viéndose obligado a golpearle las mejillas para reanimarla, porque tenía los nervios destrozados por el terror.

— ¡No terminará nunca, Max!

—Eso parece… Y cada día son mayores… De continuar así, temo que el planeta salte en pedazos.

Regresaron hacia donde había estado alzada la tienda de lona, cuyos cables se habían roto, desmontándose totalmente su armadura y sepultando bajo la tela a todos sus ocupantes, quienes ahora trataban de salir de allí.

Max vio a Wilhelm apoyado en un camión que el seísmo había volcado.

— ¡Recóbrate, Wilhelm —le gritó—; ya ha pasado!

No era fácil reponerse del terror sufrido durante el intenso y prolongado terremoto. Sin embargo, la entereza del jefe obró el milagro y los ánimos se calmaron. Pero pronto se dieron cuenta de que otros hombres habían huido, como si creyeran encontrar la salvación lejos de allí, cosa que era dudosa.

Max Weiss ya tenía informes de lo que estaba sucediendo en muchísimas partes del mundo, donde hordas de hombres y mujeres enloquecidas se atacaban mortalmente, utilizando toda clase de armas, antiguas y modernas, para obtener alimentos y agua potable.

— ¡Hay que levantar la tienda y colocar las defensas! —bramó Max Weiss—. ¡Vosotros, venid aquí!

Se dirigía a un grupo de unos veintitantos hombres que estaban en un corro, como alelados, incapaces de reaccionar.

Max tuvo que ir hasta donde estaban aquellos individuos y, encañonándoles con su pistola, gritarles:

— ¡Ya ha pasado el terremoto! ¡Hay que poner esto en orden antes de que nos ataquen!

—Mañana será igual… Se repetirá con más fuerza, señor Weiss —contestó un joven de rostro asustado—. ¡Estamos condenados a morir! ¡Vea usted esas grietas! ¡Se abrirá el suelo y seremos engullidos hasta los más profundos abismos!

Max agarró al joven y lo sacudió vigorosamente.

— ¿Y qué, necio? No podemos hacer nada más. Nadie puede hacer nada, excepto seguir viviendo. Puede que no se repitan los seísmos.

— ¡Vuelven todos los días, a las doce en punto! —habló otro sujeto, de mayor edad—. Y se repetirán hasta que estalle la Tierra

— ¡Debemos tomar las naves y huir al espacio! —añadió el joven.

— ¡Estáis locos! ¡Todo tiembla, tanto en el cielo como en la tierra! ¡Esto no es un fenómeno natural! ¡Debe existir alguna razón desconocida, fuerza misteriosa y extraña, que no comprendemos, que produce estos temblores!

»Nosotros tratamos de averiguar algo. Estamos trabajando en ello. Y

no podéis desertar, porque si os vais, seréis asesinados por los locos que merodean en torno a las ruinas de las ciudades.

»Éste es vuestro puesto. Mientras permanezcamos unidos, podremos sobrevivir. Juntos nos defenderemos del peligro que nos rodea. Ya no podemos perder más que la vida, que es lo único que nos queda. Pero mientras alentemos hemos de luchar por defendernos.

Muchos hombres y mujeres se habían acercado al grupo, agrandando el círculo en torno a Max Weiss, cuya personalidad era dominadora. Y bastantes voces se elevaron en apoyo de Weiss.

—El señor Weiss tiene razón —dijo un piloto de pruebas—. Ya he visto lo que ocurre en Berlín… Incluso me dispararon cuando intentaba aterrizar… ¡El mundo ha enloquecido de terror y todos luchan contra todos, exterminándose salvajemente, para apoderarse de los alimentos que los otros han conseguido sacar entre los escombros!

—Es cierto —intervino también Edmond Lambert, el embajador del Presidente Neel —. Yo vi ayer escenas espantosas en Estrasburgo… Fue preciso fusilar a centenares de hombres y mujeres, cuyo único delito había sido enloquecer de terror.

— ¡Hemos de conservar la calma! ¡Y no perdamos tiempo! ¡Todos a sus puestos!

Las últimas palabras de Max Weiss fueron obedecidas. Poco después, los hombres reanudaban el trabajo y reconstruían todo lo que el terremoto había destruido.

Poco después, la gran tienda de lona volvía a alzarse, agitada por un fuerte viento, mientras que en el perímetro de la base los hombres de la vigilancia sostenían un duelo a tiros con los ocupantes de varios vehículos que pretendían entrar en el recinto. Fueron ahuyentados al despegar un «jet», armado con ametralladoras electrónicas.

A las cinco de la tarde aproximadamente, Katryn Swanken interrumpió una conferencia que sostenía Max Weiss con varios hombres de ciencia, para decirle:

—Un «Meteor-11», norteamericano, solicita permiso para aterrizar en nuestra pista, Max. El piloto dice llamarse Steve Allyson y viene de Nueva York. Trae ocho hombres de tripulación y una pasajera francesa.

Max Weiss miró a Katryn sin comprender. Pero inmediatamente dio un brinco y exclamó:

— ¡Sí, puede aterrizar! ¡Perdonen, amigos; debo recibir a ese avión norteamericano!

Max abandonó precipitadamente la reunión y salió al exterior.

Inmediatamente distinguió el aparato que sobrevolaba la base, efectuando círculos amplios, a la espera del permiso de aterrizaje. Cuando éste le fue concedido, el «Meteor-11» descendió y enfiló la pista principal, de ocho kilómetros de longitud, y que por suerte no había sido afectada más que ligeramente por el seísmo, hasta terminar por tomar tierra.

Weiss pudo ver como algunos emboscados entre la maleza, a un lado de la pista, efectuaban disparos contra el avión, que, por fortuna, no causaron ningún daño. Furioso se volvió y gritó:

— ¡Wilhelm, acaba con esos merodeadores!

Un vehículo blindado salió inmediatamente a cumplir la orden, mientras que el aparato americano terminaba su recorrido y se detenía en una pista lateral, siguiendo las instrucciones recibidas por radiocontrol.

Weiss se dirigió a buen paso hacia el «Meteor-11», llegando a sus inmediaciones cuando se abría una compuerta lateral y aparecía el coronel Allyson, a quien Weiss reconoció en el acto.

— ¡Hola, señor Weiss! —saludó el americano—. Nos ha costado un poco llegar hasta aquí, pero lo hemos logrado. Le traigo a la doctora Gamet.

En efecto, minutos después, Nadia Gamet, visiblemente cambiada, estrechaba la mano de Max y le miraba con ojos cansados y enrojecidos.

—No le encontré, Max.

—Lo siento, Nadia. Ven conmigo. Considérate en tu propia casa… Aunque no es mucho lo que puedo ofrecerte.

— ¿Sabía usted que los terremotos sacuden también a los aviones en vuelo? —preguntó Steve Allyson.

—Sí, coronel. ¿Se queda usted con nosotros?

— ¿Y qué otra cosa podemos hacer? Aquí, al menos, hay algo. Allí sólo dejamos ruinas y el caos más espantoso. No creo que sobrevivamos a este cataclismo.

—Tal vez se equivoque usted, coronel —dijo Weiss enigmáticamente —. Y me alegro infinito que haya usted venido… ¡Luego hablaremos con más detenimiento! ¿Han comido?

— ¿Qué? No tenemos ni agua.

Capítulo IV

UNA LUZ EN EL CÁLCULO

Joel Stankowich era un hombre de unos cincuenta y cinco años, alto, de cabellos grises, revueltos, largos y rizados, ojos grises, que escondía tras los cristales de sus gruesas gafas, y vestido únicamente con una bata blanca, manchada de sangre y suciedad y unos pantalones negros. A pesar de su extraño aspecto, Stankowich era un famoso radioastrónomo, del equipo de Jodrell Bank, y se encontraba en la base experimental de la compañía Mehler, en Offenbach, después de haber permanecido veinticuatro horas enterrado bajo un montón de escombros.

El ingeniero Einrich Koblen lo había traído en uno de los «jets» de reconocimiento. Inmediatamente fue conducido a presencia de los científicos que discutían con Max Weiss, en el improvisado despacho de éste.

Hechas las presentaciones, Koblen dijo:

—En Jodrell Bank no ha quedado nada, especialmente después del tercer seísmo. Por suerte, pude hallar al profesor Stankowich en un hospital de campaña.

«Hablamos y le he traído aquí porque tiene una teoría muy interesante que debemos estudiar.

Max Weiss había oído hablar mucho de Stankowich, aunque no le conocía personalmente. Sabía, empero, que dentro de su extraña cabeza existía un brillante cerebro y que, años atrás, la Fundación Colman le había concedido uno de sus valiosos premios por su brillante aportación a la ciencia astronómica.

— ¿Sabe usted cómo se producen los terremotos? —preguntó Max, mirando fijamente al científico.

—Sí —contestó seriamente Stankowich—. Alguien nos está enviando haces vibratorios por medio de amplificadores energitrónicos. Esto es incomprensible, en apariencia, dado que esas vibraciones, por muy fuertes que sean en su origen, llegarían hasta nosotros, a través del espacio, prácticamente sin fuerza.

»Lo que ocurre, según mi criterio, es que esas vibraciones se emiten en lo que podemos llamar escala antivibratoria controlada. O dicho de otra manera, de vibración negativa, apenas estudiada por nosotros, pero deducida por cálculo matemático.

—Sinceramente, profesor Stankowich —dijo Max Weiss—, no entiendo absolutamente nada.

—No es fácil de comprender. Nosotros sabemos que existe la antimateria, puesto que conocemos la materia. En realidad, la energía vibratoria negativa no se puede controlar. Sus consecuencias serían como si todos los átomos del universo empezasen a chocar entre sí, produciéndose lo que antiguamente se llamaba una reacción en cadena.

»Es evidente que esa fuerza está controlada y que es dirigida contra nosotros porque la dirigen seres inteligentes de otros mundos. Su foco está situado, aproximadamente, entre el segundo y cuarto planeta del sistema que conocemos como «Tau» de Ceti, o sea situado a poco más de cuatro millones de años luz.

— ¿Cómo ha logrado usted averiguar eso?

—Porque nosotros captamos en Jodrell Bank las primeras vibraciones, todavía imperceptibles, a través de los amplificadores. Cuando tuvimos la certeza de la ampliación de tales ondas vibratorias, ya era demasiado tarde. Ni siquiera tuvimos tiempo de advertir al mundo.

»Los hechos han demostrado cumplidamente que nuestros temores se han confirmado.

— ¿Seguirán, pues, cada día, esas sacudidas sísmicas?

—No por mucho tiempo, creo —dijo Joel Stankowich—. Dos o tres días más, a lo sumo. Es el límite de resistencia de nuestros núcleos magnéticos. Si se sobrepasa ese límite, la Tierra podría desgarrarse y sobrevenir un cataclismo planetario de consecuencias incalculables.

»Me fundo en la idea de que quienes dirigen esas vibraciones hacia nosotros sólo pretenden aniquilarnos, pero no destruir totalmente nuestros mundos.

Estas declaraciones de Stankowich dejaron anonadados a todos los científicos que se encontraban en torno a Max Weiss. Era, poco más o

menos, lo que ellos habían estado pensando y discutiendo. Pero Stankowich le daba confirmación científica a la suposición.

—Por favor, profesor Stankowich —habló alguien—. ¿Puede usted aclararnos mejor cómo se emiten esas vibraciones?

—Verán. Piensen en las ondas acústicas. Surgen de un foco y se extienden, no en todas direcciones, sino en un haz cónico, como la luz lanzada por un reflector, poco más o menos.

»Pueden ser emitidas por un punto de vibración negativa, e irse ampliando el haz a medida que se alejan del foco emisor. De ahí esa forma de cono. Y de ahí que afecten a todos los planetas de nuestro sistema, dada la gran amplitud del foco.

»Son los cálculos los que demuestran el origen de esas vibraciones, que el cosmos acelera y aumenta a velocidades hiperlumínicas. Pero piensen en que el espacio no se termina en nosotros. Si ese haz fuese más allá de nuestro sistema, terminaría abarcando a todo el universo, y por curvatura einsteiniana acabaría destruyendo hasta el infinito, o sea que los mismos que nos dirigen el haz se verían destruidos por su terrible poder.

»Quienesquiera que sean, saben que dominan las ondas vibratorias negativas y las controlan hasta nosotros y no más allá. Se trata, pues, de seres altamente civilizados, contra los que nada podemos, hacer. Y es posible que sean los mismos que, durante años, nos han estado espiando y visitando incluso para conocer nuestro adelanto técnico y científico.

— ¿Cree usted que han considerado que somos un peligro para ellos y, por tanto, nos condenan a desaparecer? —preguntó Max Weiss.

—Eso me temo, señor Weiss —replicó Stankowich, resignadamente.

— ¿Y hemos de permanecer cruzados de brazos? —inquirió enérgicamente Wilhelm Krauss.

—Ante la fatalidad, sólo nos queda el recurso de la conformidad, caballero —replicó Joel Stankowich—. Supongo que usted no trataría de luchar sin armas contra un rebaño de elefantes enfurecidos.

— ¡Por defender mi vida —exclamó Krauss—, haría eso y mucho más!

—Estamos impotentes ante esa fuerza descomunal que nos destruye —observó Koblen.

—Eso, me temo —dijo otro científico, con fatalismo.

—No nos queda ni el recurso de utilizar las naves espaciales de que disponemos y tratar de huir de esa influencia maligna. Tardaríamos muchos años para salir del foco vibratorio. Y las naves espaciales sufren

las mismas consecuencias que nosotros… ¡Es todo el Sistema Planetario el que está dominado por ese inmenso poder!

Max Weiss, que había permanecido callado, escuchando, interpeló a Stankowich:

— ¿A qué velocidad cree usted que se transmiten esas vibraciones por el espacio?

El científico tomó una hoja de papel y un lápiz. Trazó una cruz y de ésta inició una línea ondulada, cuyos módulos fue agrandando a medida que se alejaba de la cruz.

—Este esquema aproximativo me lo ha facilitado el cálculo… En su origen, la ondulación puede ser de 300.000 kilómetros por segundo, pero muy débil, como un pitido inaudible. Sin embargo, a medida que se aleja del foco emisor, la vibración aumenta de potencia y velocidad. Ésa es la causa de que nos la envíen cada veinticuatro horas, y sólo por fracciones de tiempo que aumentan progresivamente para causarnos mayor quebranto. Otra de las causas de esa periodicidad está en que el mundo desde el que nos están aniquilando debe de ser como el nuestro y gira sobre sí mismo cada veinticuatro horas. A esto hay que añadir las correcciones lógicas de traslación, cuya influencia debe de ser muy escasa.

— ¿Y no podemos nosotros construir algo parecido y enviarles a ellos una dosis de su propia medicina? —preguntó Max Weiss.

—No —dijo Stankowich—. Yo, al menos, no sé cómo producir vibraciones negativas de esas características. Y si lo supiera, tampoco deberíamos utilizarlas, sin conocer su control. Las consecuencias de una acción incontrolada de ese tipo podrían ser caóticas para el Universo entero.

— ¿Y qué nos puede importar a nosotros que el Universo estalle, si estamos condenados a morir, por el caprichoso deseo de unos seres que nos consideran hormigas molestas? —exclamó Weiss furiosamente.

—Ni siquiera nos queda el consuelo de enviarles naves teleguiadas cargadas de plutonio fisionable, para enviarlos a los infiernos —masculló Wilhelm Kraus—. Temo que no llegarían jamás hasta ellos.

—De todas formas, si conocemos las causas, hemos de buscar el remedio. ¿Alguien tiene alguna idea, por absurda que parezca? Hemos de estudiar todas las posibilidades.

Nadie replicó. Ni siquiera Joel Stankowich.

* * *

Aquella noche, después de cenar, Max y Nadia Gamet salieron a dar un paseo dentro del recinto de seguridad, formado por la barricada de protección.

Ambos estaban sombríos y tristes. Apenas si habían hablado durante la cena.

De pronto, Max se detuvo y señaló un lugar en el cielo estrellado.

—Siempre hemos sabido que allí arriba existían seres inteligentes. Nos han estado visitando durante cientos de siglos. Es una raza superior, que ha influido sobre nosotros de muchas maneras. En los albores de nuestra historia, se les consideró como dioses.

»Ahora sabemos que son seres inteligentes, con poderosas naves que viajan por el espacio a velocidades increíbles, tal vez sumergidas en dimensiones distintas a la nuestra, para vencer el tiempo y el espacio.

»Nos han dejado vivir, crecer, desarrollarnos, hasta casi situarnos a su altura técnica, porque con los nuevos motores de propulsión fotónica su mundo está casi a nuestro alcance, y, de pronto, nos han tomado miedo.

»¿Ha sido por eso o por otro motivo por lo que han decidido exterminarnos? Yo no lo sé. Pero es la mayor salvajada que se pueda cometer. ¿Qué les hemos hecho?

—No sé quiénes pueden ser —repuso Nadia—. Pero yo comparo el pasado con el futuro. Nuestra historia está plagada de hechos semejantes. Cuando un pueblo representaba un peligro para otro trataban de eliminarse.

—Sí, Nadia. Ésa ha sido nuestra historia desde los albores de la humanidad. El hombre se ha visto obligado siempre a luchar para sobrevivir. Pero la naturaleza, más sabia que todos nosotros juntos, incluyendo a esos despiadados monstruos de «Tau» de Ceti, facilitaba los medios para la defensa.

»Las razas no desaparecían jamás del todo. Podían ser dominadas y esclavizadas, pero la herencia genética se mantenía inalterable en los hombres, transmitiéndose de padres a hijos, hasta que llegaba el día de la libertad.

»Yo preferiría que vinieran en naves y nos sometieran a la esclavitud, sin destruirnos. Tarde o temprano podríamos rebelarnos contra ellos y vencerlos con sus propias armas.

—Tal vez sea eso lo que no desean —señaló Nadia—. Se supone que son seres más inteligentes que nosotros.

—Si lo son, ¿por qué nos temen?

Nadia no respondió.

—Y, sin embargo, las ondas pueden ser devueltas —habló Max, como pensando en voz alta—. Debe haber algún modo de reenviarles esas vibraciones… ¡Debe existir!

Max Weiss dio un fuerte golpe contra el parapeto de sacos, estrellando sus nudillos en la dureza de la tierra contenida. Ni siquiera sintió el dolor.

Al mismo tiempo de dar el feroz golpe, una idea acudió a su mente. A la luz de los focos de los vehículos que rodeaban el refugio, Nadia vio transformarse el semblante de él, como si una luz interior le hubiese iluminado.

— ¿Qué te ocurre, Max?

—Se me está ocurriendo… ¡Disculpa, Nadia; tengo que ver al profesor Stankowich inmediatamente!

Antes de que Nadia Gamet pudiera replicar, Max Weiss dio media vuelta y salió corriendo en dirección al lugar donde estaban las tiendas de campaña de los científicos.

Él mismo había ayudado a Joel Stankowich a instalarse aquella tarde, facilitándole una mesa de trabajo, una calculadora portátil de gran capacidad y accionada con baterías de mercurio, y cuanto material pidió el científico para su trabajo.

Stankowich no estaba durmiendo, ni mucho menos, sino realizando cálculos complicadísimos, cuando Max entró en la tienda.

— ¡Profesor Stankowich! —exclamó Max—. ¿Dijo usted que esos seres dejarán de hacer temblar nuestro sistema dentro de unos días?

—Sí. De continuar más tiempo, la Tierra podría saltar en pedazos.

— ¿Y los temblores serán mayores cada vez?

—Lógicamente. Hasta un límite que han debido calcular perfectamente.

—Dígame qué fenómenos pueden producirse al aumentar esos temblores… ¿Tenemos alguna posibilidad de sobrevivir?

—Tal vez… Morirán todavía muchos seres… Es posible que se produzcan hundimientos en la corteza terrestre y los mares se precipiten sobre nosotros violentamente.

—Es posible. Pero los barcos flotarán.

—O serán destruidos.

— ¿Cree usted que moriremos todos, absolutamente todos?

—No puedo asegurarlo… Tal vez sí. En todas partes no existen las mismas condiciones ambientales.

— ¡Es preciso que encontremos el modo de sobrevivir, profesor Stankowich! ¡Alguien tiene que sobrevivir a toda costa! ¿Qué haría usted para escapar a las tremendas sacudidas sísmicas, a la invasión de las aguas, a los cataclismos que se produzcan?

—No sé qué responderle… Tal vez una nave esférica, lo suficientemente amplia para contener a numerosas personas… Que pueda flotar…

—No nos dará tiempo de construirla. Usted mismo ha dicho que sólo nos quedan dos o tres días. El terremoto de mañana será espantoso…

—Tal vez sea el último. No podemos estar seguros.

— ¿Cree usted que una nave espacial, volando en dirección contraria a la de esas vibraciones, podría sustraerse a los temblores?

Stankowich miró fijamente a Max, sorprendido.

— ¿Qué le hace suponer que…? Desde luego, algo hay en torno a eso… Antes estaba calculando la velocidad de propagación de las vibraciones negativas… Tratando de alejarse de ellas… Sobrepasando el límite… ¡Claro que la velocidad de la nave habría de ser…!

»¡Aguarde, señor Weiss! ¡Déjeme usted calcular eso! ¡Ahí puede haber una solución importante!

Joel Stankowich se enfrascó en una serie de cálculos algebraicos que trazó con mano nerviosa sobre el papel, mientras Max, inclinado sobre él, trataba de seguirle, no tardando en perderse en los misteriosos vericuetos de las fórmulas de las matemáticas superiores.

—Sí…. creo que sí… ¡Pero habría de ser volando a una velocidad tangencial superior al millón de kilómetros por hora! Aun así, se percibiría una décima parte la vibración.

— ¡El «Escorpión-234», de propulsión fotónica, puede alcanzar esa velocidad en el hiperespacio! —exclamó Max Weiss.

— ¡Pero esa nave está en experimentación aún!

—Eso es lo que usted cree, profesor. Hace más de un año que la probamos.

— ¿Dónde está?

—En la Estación Orbital «Sirio-IV», si no ha sufrido desperfectos. En menos de una hora podemos embarcar en ella. ¿Quiere venir conmigo?

—Por supuesto que sí —contestó Stankowich.

—Pues prepárese. Voy a seleccionar un grupo de treinta personas. Necesitaremos…

Max Weiss abandonó la tienda del radioastrónomo absorto en sus pensamientos, tratando de seleccionar a las personas que necesitaba para emprender la aventura cuyo único fin consistía en burlar la aniquiladora fuerza vibratoria que seres más inteligentes que ellos les estaban enviando con el indudable propósito de destruirles.

Pensó en el coronel Allyson, como astronauta, en Nadia Gamet, por la que sentía una atracción especial, nacida posiblemente de la transformación sufrida por toda la humanidad a raíz de los terremotos, en Koblen, en Katryn Swanken, en Wilhelm Kraus y en otros. Luego recapacitó, diciéndose:

»— ¿No estoy siendo egoísta? ¿Quién va a permanecer aquí? ¿No he retenido a todos estos hombres unidos en la base, defendiéndonos así de los enloquecidos merodeadores? ¿Tengo derecho a dejarles ahora a su suerte, al surgir la primera posibilidad de salvación?

Se detuvo junto a un camión. Allí, cerca, una muchacha joven y bonita, montaba guardia, armada con un fusil electrónico.

Ella le estaba mirando. Max Weiss era un dios o algo más para aquella joven, simple oficinista de la organización Mehler.

— ¿Cómo se llama usted? —le preguntó Max.

—Manni Vyborg —replicó ella, cohibida.

— ¿Por qué estás aquí?

— ¿Y dónde quiere usted que esté?

— ¿Y tu familia?

—No lo sé…— La joven parecía a punto de romper a llorar—. Me han dicho que vigile… Hago todo lo que me dicen.

— ¿Tienes fe en nosotros?

— ¿En quién puedo tenerla? ¿En esos individuos que pretenden atacarnos, robar nuestra agua y alimentos?

—Esos hombres son humanos, Manni. Están asustados y tienen hambre y sed. Creen que nosotros tenemos agua y comida y luchan para conseguirlo. Pero ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

— ¿Qué harías tú si yo, que soy el responsable de todo esto, me marcho y os abandono?

— ¿Nos va a abandonar usted, señor Weiss?

—Eso pensaba hacer…

— ¡No se vaya!

—No temas. Me quedaré… Sé que me necesitáis.

Otros irán en mi lugar. Perdona que te haya molestado, Manni. Buenas noches. Y vigila bien, ¿sabes?

—Max sonrió y se alejó, perdiéndose en las sombras.

Capítulo V

EL MENSAJE DE KOLWO

Max Weiss abrazó y besó a Nadia Gamet en presencia del grupo de hombres y mujeres elegidos para realizar la prueba de supervivencia intuida por él y calculada por Joel Stankowich.

Antes, Nadia y Max habían hablado gravemente. Ella reconoció haber pedido al coronel Allyson que la trajese con Max Weiss. Nada le había quedado. Ella no encontró a su padre. Su clínica de París había desaparecido.

Max Weiss era la única persona que inspiraba confianza a Nadia, pese a que sólo le había tratado muy poco tiempo. Pero la seguridad que Weiss tenía en sí mismo, su autoridad, su energía, todo, en suma, le hacían un líder o jefe indiscutible. Y a este don precioso obedecía que los restos de la antes inmensa Compañía Mehler continuasen unidos, allí en Offenbach.

Todos admiraban a Weiss. Nadia le amaba ya.

Sin embargo, él no quiso abandonar a las dos mil personas que tenían su fe puesta en el jefe que les deparó la suerte. Podían morir todos víctimas de los seísmos o asesinados por las hordas vandálicas de los desesperados que merodeaban por doquier, pero sabían que junto a Weiss tenían protección. Lo que sucediera después ya no les importaba. No podía ser peor que todo lo que habían vivido.

»— Es una posibilidad, Nadia —había explicado él—. Puedes vivir.

»— ¡Es que yo no quiero vivir, si no es a tu lado! —había replicado ella, en tono trémulo.

»— Lo siento. Tendrás que ir con ellos hasta la nave espacial «Escorpión-234», que se encuentra todavía unida a la Estación Orbital «Sirio-IV». Wilhelm Kraus será el jefe de la expedición.

Nadia no pudo replicar. Cuando Weiss hablaba como jefe, nadie podía discutirle.

—Suerte, Nadia —le deseó luego Max Weiss.

Ella no pudo replicar tampoco en aquella última ocasión. Se le había formado un nudo en la garganta y estaba a punto de echarse a llorar.

—Por favor, suban a bordo —rogó Max, volviéndose al grupo que todavía permanecía en tierra, junto a la escotilla de la nave que les había de llevar a la Estación Orbital.

El coronel Steve Allyson se acercó a Max y le tendió la mano.

—Adiós, señor Weiss. Espero volverle a ver pronto.

—Yo también lo espero, coronel. Ya conoce usted las instrucciones.

—Sí. Hemos hablado largamente con el profesor Stankowich. Espero que encontremos la «Escorpión» en condiciones.

—Y no deje de informarme. Con la nueva radio que trajeron ayer de la Universidad de Berkeley no habrá dificultades en las comunicaciones.

—Descuide, señor Weiss.

Wilhelm Kraus también se marchaba. Era, en realidad, la autoridad máxima en la expedición. Representaba a Max y sabía lo que debían hacer. Koblen, Katryn, Manni Vyborg, así como una veintena de hombres de ciencia, también se marchaban.

Max Weiss les despidió a todos. Luego, retrocedió hasta ir a situarse entre los hombres silenciosos y hoscos del servicio de vigilancia, así como técnicos y administrativos de la organización Mehler.

Otro que se quedaba en tierra era Edmund Lambert, el embajador enviado por el Presidente del Consejo de Europa.

Un hombre barbudo, que se apoyaba en un fusil electrónico, miró a Weiss y le preguntó:

— ¿Cree usted que volverán, señor Weiss?

—Ellos llevan consigo esa esperanza, Helmut.

Estaban entrando los últimos pasajeros en la nave espacial. Desde la escotilla, Nadia Gamet agitó vigorosamente la mano. Wilhelm Kraus, que estaba a su lado, la retiró suavemente. La compuerta se cerró.

El sol se alzaba ya en el horizonte, como un disco de fuego anaranjado y maravilloso. Ni una nube empañaba el cielo intensamente azul.

— ¿Por qué no va usted con ellos? —volvió a preguntar el barbudo Helmut.

Max se volvió y le miró fijamente a los ojos.

—De haber podido ir todos nosotros, yo estaría allí. Pero la «Escorpión-234» sólo tiene treinta plazas. Mi puesto, por tanto, está aquí, con vosotros.

—Escuche, Weiss; le llevo más de veinte años. No he estudiado tanto como usted, pero conozco a los hombres de verdad sólo con verlos una vez… ¡Usted es más hombre que todos nosotros juntos!

—Gracias, Helmut. Siempre procuro estar allí donde el deber me lo exige… Ya se marchan. Que Dios vaya con ellos.

—Y con nosotros, señor Weiss. Se nos está acabando el agua. Hay que ir a buscarla al lago Ormag… No sé qué diablos ha ocurrido, pero el río se ha secado.

Max no escuchaba. Estaba contemplando la nave plateada deslizarse suavemente por la pista, elevando la proa lentamente, para situarse a prudente distancia y luego tomar un fuerte impulso y elevarse al cielo majestuosamente.

Pocos segundos después era un punto casi invisible en la inmensidad del cielo.

Max Weiss se volvió entonces a los hombres que le rodeaban.

—Vuelvan todos a sus puestos… Ritter, hay que aprovisionarse de agua.

—Sí. Envié un «jet» al lago Ormag, pero debieron de ser atacados, porque no han vuelto.

— ¿Enviaron algún aviso por radio?

—No. Supongo que debieron de ser atacados por sorpresa. En realidad, señor Weiss lo hemos dejado todo en suspenso, hasta el mediodía.

—Entiendo —dijo Weiss—. Es mejor. Voy a dormir unas horas… Estoy agotado. Espero que me despierten antes de las doce.

—Descuide, señor Weiss.

Max se retiró despacio hacia la gran tienda que era el centro del campamento. Pasó el puente de planchas de hierro y vigas, tendido sobre la enorme grieta que se abrió la víspera, durante el terremoto, en la pista, y que ahora se había convertido en una zanja de defensa natural.

Fue saludado por algunas personas, a las que contestó con un gesto amable, y llegó a su dormitorio. Allí sólo tenía una litera, una mesita y un teléfono antiguo.

Sólo se despojó del jersey y de los zapatos, quedándose con los pantalones. Al caer sobre la litera, quedó dormido instantáneamente.

* * *

—Faltan cinco minutos —había dicho alguien.

Weiss, con un fusil electrónico al hombro y la pistola de cápsulas letárgicas enfundada en la cadera, siempre al alcance de la mano, contempló los rostros de las personas que le rodeaban. Algunas se habían sentado ya en el suelo. Otros abrían las piernas, tratando de afirmar los pies, para sostenerse erguidos cuando empezasen los temblores, que en aquella ocasión se esperaban de una duración enorme.

Si la periodicidad y la progresión se mantenían, el primer temblor debía durar diez minutos. Weiss temía que fuese demasiado y se produjera el estallido final.

Un terremoto a escala universal de diez minutos de duración jamás se había conocido.

Peor, sin embargo, sería el segundo. La predicción cifraba su duración en veinte minutos… ¡Y el tercer temblor habría de ser de cuarenta minutos!

Nada podía desplomarse sobre ellos. Se encontraban en un llano, lejos de las montañas. No tenían nada que se pudiera inflamar en las inmediaciones. El único peligro era el suelo, al abrirse.

Pero Max Weiss sabía muy bien que el planeta podía reventar en millones de fragmentos si la corteza terrestre, intensamente castigada, no soportaba la presión interna. Además, existía otro peligro, que ya se había producido la víspera en diversos lugares del planeta: muchos volcanes extinguidos se habían puesto a rugir y lanzar rocas y lava al exterior.

Los temores estaban sobradamente justificados. Sin embargo, Max Weiss tenía el presentimiento de que aquél no sería el final de la Tierra, porque a los que producían las vibraciones no podía convenir una hecatombe planetaria.

Más era el temor de Max por los ataques de las hordas incontroladas, cada vez mayores. Por un prisionero capturado horas antes, Max sabía que algunos grupos de desesperados se habían unido y pretendían asaltar la base, creyendo que allí iban a encontrar alimentos y agua.

El prisionero era un campesino que había perdido a toda su familia y que deambuló entre las ruinas de Offenbach y Francfort, buscando comida, hasta encontrarse con otros hombres tan desesperados como él.

Dijo que les capitaneaba un individuo llamado Eager, que se refugiaba en los bosques de Krandorf. Y terminó diciendo que si el hambre y la sed les acuciaba, acabarían por penetrar en la base, porque lo que se proponían era conseguir naves espaciales para trasladarse a otro planeta.

»— ¡Ese Eager está loco! —había gritado Max—. ¿Qué información es la suya? ¿Es que ignora que los seísmos se producen también en todo el sistema planetario?

— ¡Preparados! —gritó la misma voz de antes—. ¡Faltan dos minutos!

Max Weiss, pensando en el jefe de los enloquecidos habitantes de la región, también consultó su reloj.

»— El coronel Allyson debe de estar sudando sangre —se dijo—. Espero que tengan suerte allá arriba y, cuando pase el temblor, me informen de que todo ha ido bien.

Casi todos los refugiados en la base Mehler se encontraban ya tendidos en el suelo. Muchos estiraban los brazos. Pero otros permanecían desafiantemente en pie. Uno de éstos era el barbudo Helmut, a quien Max vio cerca de la entrada de la tienda principal, fumando un cigarrillo mientras consultaba su reloj.

Max vio las agujas del reloj.

El segundero avanzaba inexorablemente. Faltaban escasos segundos.

Diez… siete… cuatro… tres… dos… y uno.

El suelo no tembló. Nada se movió. El silencio era angustioso, abrumador, impresionante.

Max vio el segundero pasar de la hora. Se dijo que su reloj podía haberse retrasado. En los días anteriores, los seísmos se produjeron exactamente a las doce en punto del mediodía, hora de Greenwich.

¿Qué estaba ocurriendo?

— ¡Ya pasan treinta segundos! —exclamó una voz tensa.

Y transcurrió un minuto. Luego dos…

Max Weiss dejó de consultar su reloj y caminó hacia la tienda. Al llegar a donde se encontraban Helmut y otros hombres armados, todos se miraron.

—Parece que se retrasa —comentó Weiss.

—Sí… Aguardemos.

— ¡Tal vez no haya terremoto hoy! —dijo otro.

— ¿Por qué han de producirse siempre a la misma hora? —preguntó

un tercero.

Max Weiss consultó de nuevo su reloj y luego dijo:

—Algo ocurre. Puede que el de ayer fuese el último. Ya hemos sufrido bastante las consecuencias. Si yo hubiese querido acabar con la Humanidad, teniendo poder para hacerlo, esos terremotos habrían sido un medio ideal.

— ¿Qué hacemos, señor Weiss? —inquirió Helmut.

—Esperaremos un poco más… Una hora. Si a la una no ha sucedido nada, empezaremos a trazar planes.

Diciendo esto, Max penetró en la tienda y se dirigió a la estación de radioastronomía, donde habían instalado el aparato traído de Berkeley la víspera, y cuya antena parabólica se había colocado en el exterior, sobre cuatro montones de sacos llenos de tierra.

Varios hombres, que no se habían movido de allí, trabajaban en el complicado aparato.

— ¿Han establecido ustedes contacto con el «Escorpión-234»? —preguntó Max.

—Sí, señor —replicó el jefe del equipo—. Le hemos sintonizado en la posición 23.45. Lo estamos siguiendo constantemente. Su localización es automática.

— ¿Puedo hablar con el coronel Allyson?

—Sí… Jong, llama a «E-234»… El señor Weiss desea comunicar con el coronel Allyson.

Weiss se acercó al tablero de mandos y observó cómo el operador manipulaba en los controles. Pero no llegó a efectuar la llamada, porque al establecer el contacto, una voz gutural, extraña y vibrante, llegó perfectamente hasta ellos.

—Atención, atención… Kolwo llama a la Tierra… Sabemos que todavía disponen de naves espaciales y aparatos radioastronómicos por los que pueden detectarnos.

»Presten atención a nuestro mensaje… Les hablamos en lengua inglesa en primer lugar. Luego repetiremos en seis idiomas más.

»Hoy no habrá temblor de tierra. Tememos que una nueva sacudida pudiera destruir totalmente todo el Sistema Solar. No es ése nuestro propósito.

»Lamentamos haber recurrido a las vibraciones punto más alto de la esfera. Estaban llegando al inter estelares para destruir la civilización terrestre. Era necesario hacerlo. Absolutamente necesario, para impedirles seguir adelante en sus conquistas espaciales.

»Sabemos que ya poseen naves hiperlumínicas. Estamos enterados perfectamente de que su técnica ha alcanzado una fase que nuestro Consejo ha considerado amenazadora y peligrosa, dado el instinto de ustedes dominador y agresivo.

»No comprendemos cómo seres inteligentes han logrado alcanzar tal desarrollo de evolución técnica, sin desterrar definitivamente el belicoso instinto de agresión y dominio que heredaron de sus antepasados.

»Nosotros sabemos, porque les hemos estudiado durante milenios, que esas costumbres salvajes, impropias de seres altamente civilizados, nos pueden perjudicar, dado que somos físicamente más débiles, aunque no técnicamente.

»Por esto hemos provocado la destrucción de toda obra humana por medio de seísmos progresivos. Tenemos documentación perfecta de cuanto ha sucedido ahí. Pero no nos ha sido posible exterminarlos totalmente, como era nuestro deseo.

»Deseamos que desistan de emplear naves espaciales hiperlumínicas. Deseamos que se agrupen todos los seres humanos supervivientes y destierren de una vez para siempre, hasta la última generación, sus ambiciones de conquista, porque no lo permitiremos.

»Han de evolucionar hacia otras doctrinas sociales basadas en la moralidad, la justicia, la comprensión y la caridad. No pueden existir más tiempo las desigualdades sociales, que son el fruto de la violencia y la lucha.

»Si no se estructuran nuevas leyes y acatan ustedes fielmente los principios morales y éticos de la ley natural y universal, nosotros nos veremos obligados a destruirles totalmente.

»Esto es todo. En lo sucesivo, no se repetirán los terremotos. Pueden empezar a rehacer su mundo. Edifiquen escuelas y proporcionen la cultura a todos por igual. Nadie podrá impedir que exista desigualdad intelectual, porque el patrimonio hereditario de la inteligencia es de ley natural. Pero cubiertas las necesidades sociales, el nuevo mundo debe ser mejor.

»Así, puede que alguna vez nuestras razas entren en contacto y se establezcan relaciones que ustedes han estado a punto de conseguir en desventaja nuestra.

»Lamentamos lo ocurrido, pero era absolutamente preciso hacerlo así. Hemos calculado que dentro de dos o tres siglos estarán de nuevo a la altura científica y técnica que tenían. Para entonces, las generaciones futuras ya habrán aprendido que la conquista por medios agresivos no

está dentro de la ley natural que rige en todo el universo.

»Nada más. Ahora, vamos a retransmitir esta misma alocución en lengua francesa.

Max Weiss, con rostro inescrutable, miró al operador y le preguntó:

— ¿Ha grabado usted eso, Jong?

—Sí, señor Weiss… —contestó el operador, balbuceante y trémulo.

—Necesito una copia en cinta virgen. Envíenmela a mi despacho.

— ¿Tratamos de localizar a «E-234»?

—Será inútil. Mientras estén difundiendo ese mensaje, no podremos hablar con ellos. Cuando terminen, dígale al coronel Allyson que regrese sin perder más tiempo.

—Sí, señor Weiss… ¿Quién es Kolwo?

—No lo sé, Jong… ¡Supongo que debe ser algo muy terrible y vitalmente importante!

—Han dicho cosas muy significativas. Yo también sé inglés.

—Sí, ¡demasiado significativas!

Sin añadir más, Max Weiss abandonó el departamento de radio y regresó a su despacho, donde dijo:

—Que venga Helmut, señorita Gracy.

—Sí, señor.

Helmut apareció instantes después, saludando al entrar.

—Escúcheme bien, Helmut. Ya no habrá más terremotos. Tome todos los hombres que pueda y llévelos a buscar a esos desgraciados merodeadores. Quiero que les brinde nuestro apoyo. Hable con los jefes de los grupos. Dígales que necesitamos empezar la reconstrucción de todo el mundo. Buscaremos agua y alimentos. Hemos de aunar esfuerzos y olvidar la catástrofe.

El semblante de Helmut se había ido animando a medida que escuchaba aquellas palabras. Pero no interrumpió a su jefe.

—Y quiero hablar con ese Eager… Que le busquen cuantos hombres sean precisos. Si no quiere venir, díganle que yo iré a verle. Sólo deje los hombres suficientes para la defensa. Y que salgan las naves de reconocimiento y anuncien que ya no habrán más desastres… Pero el mundo habrá de ser distinto a como era antes, ¡o seré yo quien lo destruya total y definitivamente!

—No le comprendo, señor Weiss. ¿Qué ha sucedido?

— ¡Todo, Helmut! ¡Vamos a seguir viviendo! ¡Vamos a reconstruir la

Humanidad, partiendo de cero! ¡Empezaremos desde este momento!

»Hoy será el día uno de la Humanidad futura. Aquí empezamos una nueva Era… ¡Una nueva existencia!

Capítulo VI

PREPARATIVOS BÉLICOS

— ¡Exijo que la tierra sea del dominio público! — gritó «Father» Molley, desde la improvisada tribuna de los representantes llegados de América.

Los veinte presidentes y jefes de estado reunidos allí, supervivientes de la mayor hecatombe de la Historia, permanecían serios y callados. Muchos de ellos no comprendían por qué era tan importante asistir a la asamblea que los supervivientes de la Compañía Mehler habían organizado, precisamente en territorio alemán.

Max Weiss había dicho que ya no existían fronteras. Tenía más de doscientas naves dispuestas para entrar en acción contra el que no aceptase aquella principal premisa: ¡ya sólo existía un mundo cubierto de escombros y más de cuatro mil millones de cadáveres insepultos!

— ¿Y cómo vamos a estructurar un gobierno al que todos acepten? —preguntó otro representante, llegado de América del Sur.

—Propongo que se someta a votación…

Max Weiss callaba y escuchaba. Su dominio lingüístico le permitía prescindir de los traductores electrónicos sacados de entre los escombros del palacio de congresos de París, donde habían sido enviados más de dos mil hombres a desenterrarlos y repararlos.

Filósofos, teólogos, matemáticos y pensadores de todo el mundo, salvados milagrosamente del cataclismo, se habían reunido también allí para sentar las bases de la nueva estructura social. En realidad, acudieron porque los enviados de Max Weiss eran portadores de buenas y alentadoras noticias, tenían «jets» y aparatos voladores y demostraban poseer una organización que ya no existía en ninguna parte. ¿Qué importaba que aquella reunión tuviese lugar en Alemania?

Al menos, mientras conferenciaban, los servicios organizados de la

mundialmente famosa Compañía Mehler les garantizaban alimentos y cobijo. Max Weiss se había preocupado de aquello.

»—No habrá avenencia —le había dicho Nadia Gamet.

Y lo mismo pensaban Wilhelm Kraus, Allyson y otros, felizmente de vuelta de su incursión al espacio.

Y el más preocupado era Joel Stankowich. Fue él quien dijo:

—Todos esos jefes y presidentes creen que sus pueblos se reorganizarán y podrán continuar disfrutando de los poderes máximos. Los seres de Kolwo debieron completar su obra, no dejando a ninguno de nosotros con vida.

—Habrá avenencia —dijo Max Weiss, cuyos pensamientos secretos no quería revelar a nadie.

Él lo había organizado bien. Pero tenía preparada una sorpresa final, porque estaba más persuadido que nadie de que era imposible llegar a un entendimiento general.

Sin contar con estadísticas concretas, se había calculado que el número de supervivientes de la Tierra era de unos seis mil millones, cifra bastante considerable para hacer que todos pusieran su mente en blanco y empezasen a pensar en que acababan de nacer.

El terror había sido grande. Existían numerosas partidas de hombres y mujeres, dispersos por todos los continentes, que continuaban merodeando, apoderándose de todo lo que encontraban a su paso, entre los escombros, tanto fuesen alimentos útiles como objetos de valor.

La rapiña era ley universal. Y la muerte violenta causaba casi más daño que los seísmos sufridos.

De todo esto estaba enterado Max Weiss. Su organización empezaba a funcionar con vigor y nervio. Se habían rescatado muchas naves de distintos lugares y hasta se había logrado aislar, en las montañas andinas, a las tropas del general Carreño, un nuevo libertador que había prometido organizar Sudamérica por su cuenta, liberando al pueblo de sus miserias.

Carreño llevaba consigo más de quince mil hombres, pero empezaba a carecer de alimentos. Las naves aéreas de la Unión Mundial, organizadas por Edmund Lambert en un viaje relámpago al nuevo mundo, le estaban hostigando demasiado.

— ¡La capital del mundo ha de ser Roma! —vociferó otro individuo —. Es la cuna de la cultura mediterránea, de cuya cuenca se extendió al mundo entero.

Fue entonces cuando Max Weiss alargó la mano hacia el micrófono

que tenía delante y dijo con voz clara:

—Ruego a los asambleístas que se olviden definitivamente de que existió un mundo anterior al nuestro. Todos ustedes han escuchado el mensaje de Kolwo. Ellos son superiores. Lo han demostrado. Saben que nuestro destino era peligroso.

»Si no olvidamos el pasado y empezamos de nuevo, no iremos a ninguna parte.

En la tribuna de los jefes, el ex Presidente Neel se levantó también y gritó:

— ¡Ni la muerte nos puede hacer olvidar nuestro glorioso pasado!

— ¿Glorioso, señor Neel? —replicó Max—. Escombros, hambre, miseria y enfermedad.

— ¡Todo por culpa de una organización mundial llamada Mehler! —replicó Neel, en tono tajante, pues era un orador incisivo y profundo, de los que no olvidan una ofensa, y, precisamente, Max Weiss se la hizo, al negarle la ayuda que pedía, por boca de Edmund Lambert—. De no haber sido por ustedes, jamás habríamos logrado construir naves espaciales que sobrepasan la barrera del tiempo.

—Lamento contradecirle, señor —argumentó Max Weiss—. Nosotros no hemos construido esas naves. Puedo demostrar a ustedes que la perfección de los motores fotónicos ha sido un proceso evolutivo que se inició en el siglo pasado.

— ¡Por culpa de esas malditas máquinas los seres de Kolwo han aniquilado nuestra civilización! ¿Y qué se propone usted, señor Weiss? ¿Organizar el mundo a su gusto?

—Si hubiese querido eso, sólo tenía que dejarles morir de hambre en sus derruidos palacios. Les he rogado que vengan, para democratizar el mundo.

— ¡Esto es una absurda farsa! —respondió Neel con energía—. Sabemos todos muy bien que tiene usted aquí un ejército bien armado que, con el pretexto de protegemos mientras conferenciamos, puede volverse contra nosotros cuando usted dé la orden.

»Está claro cuál es su juego, señor Weiss. Ni democracia, ni socialismo, ni nada. ¡Vamos a ser regidos todos por la tiranía que propugna y prepara usted!

—Se equivoca, señor Neel. Yo no quiero eso. Deseo que se establezcan leyes justas y naturales… ¡Y que alguien se encargue de hacerlas cumplir!

»Leyes que han de grabarse en nuestras conciencias y que se han de

transmitir por principio hereditario a nuestros hijos y descendientes. Leyes que prohíban matar, robar, expoliar, abusar…

— ¡Usted sueña, señor Weiss! ¡Habla como un visionario! ¿Es que no sabemos lo que es el hombre y cuál es su condición natural?

—Sí, lo sabemos. Pero también sabemos algo que antes desconocíamos. Que hay seres superiores a quienes no les gusta que podamos llegar hasta ellos, porque nos temen.

—No lo sabría usted. Pero todos los que teníamos un cargo político importante sabíamos de la existencia de esos seres extraterrestres, cuyos mensajes fastidiosos y amenazadores rompíamos sin leer.

Weiss sonrió.

—Ya han oído, señores. El ex Presidente del Consejo de Europa sabía que existían seres con técnica suficiente para aniquilar nuestro planeta. Él desoyó lo que esos hombres le dijeron… Él podía escucharlos, hacer algo, lo mismo que tratamos de hacer aquí., Sin embargo, afirma que rompía sin leer los mensajes que le eran enviados… ¡Y por eso han muerto seis mil millones de seres humanos!

Neel se había sentado, abrumado por las miradas hostiles de los asambleístas. Un Primer Ministro británico, que estaba sentado a su lado, discutió acaloradamente con él, gesticulando.

— ¿Por qué dice usted eso, si es falso? ¡Yo ignoraba la existencia de otros mundos habitados!

—Yo no tengo culpa de que usted sea ciego, Mr. Harrison. Nuestro Departamento de «Ufología» nos lo había comunicado hace más de ochenta años. Supongo que el escepticismo inglés habrá hecho que los funcionarios desoyeran aquellos mensajes.

Mr. Harrison replicó agriamente y Max Weiss hubo de hacer una seña a Helmut, quien, con un grupo de hombres armados, se acercó a la tribuna.

No se tuvieron consideraciones a los cargos que ambos personajes habían ocupado anteriormente. Les sacaron de sus asientos y se los llevaron.

—Continuaremos sin ellos. Deseo que se nombre cuanto antes la comisión que ha de redactar la Constitución Universal. Luego, continuaremos las deliberaciones.

* * *

Max Weiss estaba abrumado ante su mesa, con el rostro entre las

manos, cuando se abrió la puerta y entró Nadia, sonriente.

El despacho que ahora ocupaba Max era una pieza amplia y con ventanas al exterior. Era la primera sala construida en el nuevo edificio que ya empezaba a levantarse, cerca de donde antes se alzaban los laboratorios de la base experimental de Offenbach.

—Buenas noticias, Max —fue lo primero que dijo Nadia.

— ¿Tú crees, cariño?

—Sí. Han capturado al jefe Eager.

—Era inevitable. Los bosques de Krandorf eran extensos para los dos mil hombres de Helmut. Pero Steve Allyson dispone de ciento cincuenta mil.

»Eager no me preocupaba, Nadia. Son Santiago Álvarez y el ayudante de Carreño. Ya poseen más de un centenar de «discos-volantes», «jets» de gran radio de acción y hasta buques, sumergibles y de superficie. Temo que habrá guerra.

— ¡Les destruiremos, Max; confía en nuestros seguidores! ¡Somos mayoría!

Nadia se acercó a la mesa y puso su mano sobre el hombro de Max.

—Venceremos, Max.

—Supongo que sí —replicó él tristemente—. Pero será a costa de mucha sangre. Esos hombres son irreconciliables. Todo cuanto hemos hecho sólo ha servido para que mueran más hombres… ¡Pobre Ed Lambert!

—Debes admitir que era un mal diplomático.

—No hace falta ser hábil para ir a exponer la verdad. Sus razones eran las nuestras, Nadia… ¡Incluso las del mismo Álvarez! Pero no las quieren reconocer. No admiten que nadie les diga lo que deben hacer. Han de obrar según su estricta voluntad. Y no están equivocados, porque propugnan lo mismo que nosotros.

»Pero la división debe ser abolida, o será, tarde o temprano, nuestra ruina.

— ¡Acabaremos con esa rebelión, Max! Los métodos de propaganda se están intensificando. Lo malo es que hemos de estar improvisando constantemente. Ni siquiera tenemos aún la Constitución Universal.

Joel Stankowich sale de allí todas las noches aburrido.

—Lo sé. Y tampoco me gusta cómo se está redactando el articulado. Es demasiado complicado. Se tienen en cuenta múltiples detalles. Es como una recimentación antigua.

»Y debe ser nueva, sencilla, clara, fácil de asimilar, como lo es el

decálogo. Empiezan porque todos tienen un concepto distinto de lo que es la ley natural.

»Para mí está claro. Los estamentos han de basarse en el principio de la vida. Vivir y dejar vivir a los demás. ¿Qué complicación hay en eso?

—Mucha, al parecer. Para que unos vivan, otros deben sacrificarse. ¿No habría sido mejor que los de Kolwo nos dijeran cómo se rigen ellos?

—Ya lo han dicho. Respeto, consideración…

— ¡Eso son palabras, Max! ¿Qué respeto tuvieron ellos con nosotros?

— ¿Y crees que no me he hecho esa pregunta mil veces? El respeto de quien se siente en peligro y utiliza su fuerza antes de que ésta no le sirva de nada. Daría cualquier cosa por ir hasta su mundo y ver cómo se rigen, qué hacen, cómo gobiernan… ¡Un Consejo! ¿Para qué quiero un consejo en donde todos los miembros digan sí o no sistemáticamente?

»Si todos están siempre de acuerdo, sobra el consejo. Y si, por el contrario, jamás se pondrán de acuerdo.

—No te preocupes por eso, Max. Poco a poco lo conseguirán. No es labor de un día.

—En eso confío. ¿Dónde han llevado al jefe Eager?

—Le tienen en el interior de un camión blindado, esperando tus órdenes.

—Bien. Dile a Steve Allyson que lo traiga a mi presencia. Quiero hablar con él.

Nadia besó a Max y salió.

Cinco minutos después, el coronel Allyson y un grupo de cuatro hombres armados penetraron en el despacho, conduciendo a un hombre alto, barbudo y de cabellera revuelta, que vestía una camisa de hilo plateado y un pantalón corto.

Era un sujeto de unos treinta y tantos años, de expresión fiera y altiva, ojos oscuros y brillantes, labios apretados y actitud desafiante. Estaba herido en el brazo izquierdo.

Max Weiss se levantó de su asiento y fue hacia él.

— ¿Cómo estás, Ludwig?

El prisionero no contestó.

— ¿Quieres sentarte? Deseo hablar contigo. ¿Quieres comportarte con inteligencia? ¿O prefieres que salgan estos hombres armados?

— ¿Para qué perder el tiempo, Weiss? Haz que me fusilen y asunto concluido.

—En la nueva época que hemos iniciado no tenemos derecho a matar más que en propia y legítima defensa —contestó Weiss.

— ¡Muy bonito! Nueva época y matar sólo en defensa propia. ¿Qué hacíamos nosotros?

—Matabais como las fieras, por instinto de conservación. Los hombres llevamos dentro un animal salvaje. Basta que nuestro mundo esté en peligro para que todos sientan primero el terror y luego el deseo de sobrevivir a todo trance, aun a costa de las vidas de los demás.

— ¡Bah, déjate de sermones, muchacho! Vamos al grano. ¿Qué piensas hacer conmigo? Porque tú eres el jefe de este lugar.

—No soy más que un funcionario público. Alguien tiene que establecer los nuevos fundamentos de la futura sociedad humana. No podemos volver a los métodos del pasado. Hemos de reconstruir, olvidar lo ocurrido, crear un mundo nuevo. Y hay mucho trabajo para todos. Yo he empezado. Otros continuarán mi labor.

»Soy una especie de fiscal general, con fuerza para nacer acatar la ley. Y ésta quiero que sea justa. Tú no has cometido más delito que el de dejarte llevar por el instinto de conservación y reunir en torno a ti a otros hombres, porque la unión hace la fuerza.

»Nadie puede culparte. Te viste hostigado. Tuviste miedo de perecer.

—Yo tenía mujer y dos hijos… Trabajé durante veinticuatro horas para desenterrar sus cuerpos… ¡Fue espantoso! —La entereza de Ludwig Eager pareció agrietarse; su voz tembló—. Luego volvió el terremoto y el suelo se tragó sus cuerpos. Los había puesto en un coche. Estaba haciendo una cruz para ellos… ¿Por qué tenía que seguir viviendo yo y ellos no?

—La muerte no es un castigo de Dios, Ludwig Eager —dijo Weiss—. Sabemos que es la negación de la vida. Todos hemos de morir, tarde o temprano. Morir es ley de vida.

— ¡Yo me sublevo contra eso! —gritó Eager.

—Es inútil y absurdo. Los muertos, que descansen en paz. Sus espíritus vivirán eternamente… Nosotros estamos vivos. Esto es lo que importa. Nadie pidió nacer. Es ley natural. Nadie pide morir, por la misma ley. Pero en el Más Allá hay explicación a todo lo que aquí no comprendemos.

»Nuestro deber no es matarnos, sino ayudarnos unos a otros. Por eso di órdenes para que fueses capturado y traído a mi presencia. De haber podido, yo habría ido hasta ti.

»No vamos a causarte ningún daño, puedes estar seguro. Los tiempos

han cambiado. Ya nadie puede castigar a otra persona, porque no tenemos derecho. Vamos a dejarte libre. Si nos atacas, nos defenderemos. Las armas seguirán existiendo hasta que podamos prescindir de ellas.

»Eso es lo que quería decirte. Si te unes a nosotros, tendremos más fuerza, haremos un mundo mejor y más justo. Trabajaremos juntos para que no vuelva a producirse otro seísmo.

»Seres inteligentes de otro mundo quisieron destruirnos, porque nos temían. Nosotros no vamos a vengarnos de ellos, preparándonos para ir algún día hasta su mundo a desquitarnos. La lección ha sido buena. Nuestra mente antigua ha de abandonarse. Formaremos algo enteramente nuevo, fuerte, justo, indisoluble, y en vez de odiarnos, nos amaremos.

»Eso es todo, Ludwig Eager. Puedes irte. Eres libre de volver a los bosques de Krandorf o irte a los Cárpatos. Nosotros no te molestaremos si tú no nos molestas a nosotros.

Eager miraba a Weiss como si no comprendiera.

— ¿Quieres decir que puedo irme?

—Sí. O quedarte, si lo deseas. ¿Qué hacías antes?

—Era conductor de un tren monorraíl.

—Tenemos trabajo para ti. No pagamos salario de ninguna clase. Nadie cobra por reconstruir el mundo. Pero te garantizamos la alimentación, la seguridad, el descanso, un techo y una protección.

—Eso sería… ¿Y quién da las órdenes aquí?

—Las órdenes las da un hombre que ya está muerto. Él me formó. Él soñaba con algo como esto. Fue la primera víctima del terremoto. Y quiero que el espíritu del hombre más grande que he conocido reine sobre la nueva sociedad. Por esto, en su memoria, la ciudad que estamos construyendo aquí, y que será la única del mundo, llevará su nombre: Ernst Mehler.

Tras unas décimas de segundo de vacilación, Ludwig Eager dijo:

—Me quedaré con vosotros, hermanos.

Max Weiss extendió su mano hacia Eager y contestó:

—Gracias, hermano. Te necesitamos.

CAPITULO VII

EN LOS ALBORES DEL NUEVO GÉNESIS

Urbanistas, arquitectos, ingenieros y técnicos de todas clases se habían reunido en la futura megápoli de Ernst Mehler —a la que muchos insistían en llamar Ciudad de Weiss—, para proyectar la infraestructura de lo que habría de ser una población multimillonaria, hecha de edificios bajos, de una sola planta, con jardín alrededor, árboles, avenidas amplias y radiales, y calculada con una extensión de ocho millones de kilómetros cuadrados.

Casi toda Europa entraba en el proyecto, cuyo centro estaba casi ultimado ya, y la expansión se sucedía a un ritmo vertiginoso, dando albergue ya a más de quinientas mil personas.

Era el quinto mes del año 1.

En el mismo centro existía un enorme claro, llano y despejado, de cinco mil kilómetros cuadrados, donde se iba a levantar la sede del único Parlamento Mundial, rodeado de jardines, estatuas, árboles, y a donde se podía llegar por calles de plataformas móviles, por vías rápidas de superficie, por trenes elevados y por trenes subterráneos, amén de por aire, ya que existían más de cien helipuertos.

Mientras se construía aquella gigantesca ciudad, en América del Sur, las fuerzas de los generales Allyson, Smith y Bronce aplastaban sistemáticamente a los ejércitos del general Santiago Álvarez, elegido en cabecilla de la emancipación sudamericana.

El Parlamento Mundial había votado la rendición y el acatamiento de Álvarez. Y como éste rehusó obedecer, fue hostigado. La contienda duraba ya tres meses y medio. Se esperaba que pronto capitularía el cacique, a quien se le habían capturado dos millones de hombres.

Aquellos «prisioneros» fueron enviados inmediatamente a Ernst

Mehler City, donde se les asignó terrenos para construir sus casas, las cuales podían ser a gusto del beneficiario, a elegir entre más de dos mil modelos diferentes, con estancias de todo tipo, pues podían hacerse hasta doce habitaciones de regulares dimensiones.

Ernst Mehler City tenía, a más de cien metros de profundidad, bajo tierra, una ciudad industrial, que se había empezado a construir casi a partir del mismo centro geométrico, y que ya se extendía, siguiendo una simetría similar a la exterior, protegida por muros de hormigón y acero, donde se elaboraban los materiales para la construcción.

«Primero se montó una enorme siderúrgica. Los desechos letales eran eliminados científicamente o sepultados a grandes profundidades. Del acero se pasó a los materiales de construcción, al de maquinaria de todo tipo.

En lugares estratégicos de la nueva ciudad sin humos ni ruidos, se instalaron hospitales y escuelas. También se levantaron templos para todas las religiones. Zonas deportivas y culturales, con grandes campos y gimnasios, así como bibliotecas, salas de lectura y escuelas superiores.

El Parlamento se hallaba reunido casi permanentemente. Durante cuatro horas, los jefes de las distintas comisiones ejecutivas, planificaban, coordinaban y trazaban sus planes. Durante otras cuatro horas, todos aquellos personajes, a los que se veía con frecuencia entre los trabajadores, porque allí no existían clases sociales, ejecutaban lo convenido.

Max Weiss había sido nombrado Secretario General de la Asamblea Parlamentaria.

Steve Allyson era Consejero militar.

Nadia Gamet era Consejera de Sanidad.

Katryn Swanken, Consejera de Productividad.

Wilhelm Kraus, Consejero de Obras Públicas.

Einrich Koblen, Consejero de Industria.

Joen Stankowich, Consejero de Ciencias.

Había más de cuarenta consejeros que se encargaban de diversos cometidos, que iban desde Vías Fluviales, Montes, Urbanismo, Justicia, Orden Público, Enseñanza y Cultura —este último puesto dirigido por una ejemplar muchacha, llamada Manni Vyborg, amiga de Weiss—, hasta los de Higiene, Transporte, Pesca y Navegación, Cultura Física, etc.

Una comisión provisional de Guerra, cuyo consejero era Steve Allyson, se había formado para mientras durase la insurrección en Sudamérica. Luego, aquella comisión desaparecería, según rezaba en la Constitución, para dedicarla a un ejército de paz.

Se había pensado tener siempre una juventud dispuesta y preparada, porque ya se sabía que en otros mundos existían seres capaces, en cualquier momento, de entablar conflictos bélicos, y era necesario estar preparado.

Max Weiss trató de oponerse, por todos los medios, a esta cláusula de la Constitución, pero sus esfuerzos se malograron, en primer lugar, porque Santiago Álvarez se hacía cada vez más fuerte en Sudamérica; y en segundo lugar, porque la humanidad del futuro debía sentirse protegida.

«Nosotros jamás seremos agresores. Queremos la paz y la buscaremos por todos los medios. Pero si somos atacados, nos defenderemos.»

Esto era ley primordial. Si dos hombres discutían en la calle y se peleaban a muerte, la ley no podía castigar a nadie. Si se mataba a traición, la justicia condenaba al criminal a un período prudencial de trabajos forzados, en fábricas especiales subterráneas.

El robo estaba castigado con el trabajo forzado hasta la devolución de lo robado, que sólo podía ser tasado por la ley, dado que la propiedad no existía.

Sin embargo, existía el delito y la violencia. Pero la nueva educación tenía que acabar con aquellos vestigios infamantes.

También existían seres dedicados a socavar la integridad legal. Antiguos políticos, ávidos de mando, lanzaban peroratas y discursos, tratando de atraerse el favor de la opinión pública. Contra estas declaraciones, la ley era tajante: cada uno podía decir lo que quisiera. Sólo se podía injuriar con pruebas, porque el delito de calumnia estaba también castigado.

Así, era frecuente ver en las nuevas plazas, algún antiguo político clamando contra las decisiones del Parlamento. Había personas que les hacían caso; otras, no. Pero cuando aquellos grupos pasaban a la acción, intervenían las fuerzas de Orden Público, dirigidas por el antiguo ferroviario, Ludwig Eager, y los alborotadores eran conducidos ante el juez.

Muchas sentencias eran a trabajos forzados. Pero lo singular, y en esto había una inspiración nueva, sugerida por Max Weiss, era que tales

condenas se cumplieran trabajando, precisamente, en las Comisiones administrativas que tales oradores atacaban verbalmente.

En una ocasión, el antiguo presidente Neel se subió al pedestal de una estatua y lanzó una proclama contra el propio Max Weiss, acusándole públicamente de dictatorial y tirano. Dijo frases contra él que atentaban a la ley, y fue detenido.

El juez le condenó a trabajar durante seis meses… ¡y precisamente, en la Secretaría General, y a las órdenes del propio Weiss!

* * *

—No debes temer nada de nosotros, Gustav Neel —le dijo Weiss, cuando el detenido fue conducido a su presencia… Aquí vamos a tratarte bien.

— ¡Tú has hecho esta injusta ley! ¡Los jueces, la policía, el ejército… todos son tus vasallos!

—Te recuerdo que tu castigo puede ser aumentado si te rebelas contra la autoridad. Precisamente, los jueces tienen por norma sentenciar a trabajos forzados a los calumniadores, y los envían a cumplir la sentencia a los sitios que los reos han tratado de calumniar.

»Aquí podrás comprobar que todo cuanto has dicho de nosotros es injusto. Los que no están en estas oficinas ignoran lo que ocurre en ellas.

»Pronto te darás cuenta de que un Secretario General del Parlamento no es un dictador, ni siquiera un tirano. Yo estoy más obligado que nadie a cumplir las leyes.

»Yo no mando, Gustavo Neel. Coordino. Mi trabajo es tan importante como el que tú hacías en la administración de la sección 20 de la fábrica de automóviles.

»Tu trabajo aquí será revisar todos los documentos que lleguen de las Comisiones Parlamentarias. Tendrás que leértelo todo. Luego, harás un resumen de lo que creas más importante, para pasarlo a los centros informativos.

»Se está creando la Estación de Multivisión, y uno de sus programas será informativo. El mundo entero necesita estar ampliamente informado de cuanto se gestiona, cómo y por qué.

El ex presidente Neel no pudo recibir peor castigo.

Para ello, se le instaló una oficina, a la que continuamente llegaban informes de todo tipo. Su deber era leerlos y estampar un sello, de

revisión. Al final de la jornada, debía resumir lo más importante e informar a la estación de radio y a la prensa.

Al cabo de dos semanas, hubo de confesar, delante de Weiss:

—Estoy plenamente convencido de que actuáis con rectitud y nobleza.

—Exactamente, Neel. Ésa es la norma que debemos seguir siempre. Me acusaste de haber presentado a mis amigos para ocupar los cargos de Consejeros de Comisiones Parlamentarias. Es cierto. Eso hice. Presenté también otros nombres que no conocía. Sabes que se podía solicitar dichos puestos, presentando una memoria de la capacidad y los conocimientos de cada uno.

»Tú también presentaste tu candidatura, pero fuiste rechazado en la votación preliminar.

»Mis amigos fueron sometidos a prueba. Ganaron dignamente esos cargos. Ahora, trabajan más horas que cualquier ciudadano. Es lo único que hemos ganado, a excepción del agradecimiento público. Ya puedes ver que aquí no existen recompensas, ni estímulos.

»Tenemos exactamente igual que los demás. Una casa, unos derechos y unas obligaciones. Sólo los enfermos tienen alimentos distintos. No hay preferencias de ninguna especie. Sin embargo, nuestra responsabilidad es mucho mayor que el peón que construye casas.

»Esto es un mundo distinto. Si no lo continuamos así, volveremos al pasado. Y no podemos caer en ese error. Lucharemos con todas nuestras fuerzas para impedirlo.

»Con el paso de los años, las nuevas generaciones que educamos ahora irán relevándonos. No tendrán dificultades entonces, si nosotros les hemos preparado el camino.

»Es mucho lo que debemos hacer aún. Sólo hemos construido viviendas para una vigésima parte de la población. Hay que acelerar los proyectos. Es indispensable que se terminen los campamentos provisionales. Y para ello necesitamos el esfuerzo de todos.

—Sí, Weiss —dijo Gustavo Neel, sinceramente—. Puedes contar conmigo. Ahora comprendo que tienes razón y tu organización es buena. Colaboraré en todo lo que pueda.

—Gracias. Una vez hayas cumplido tu condena te daremos un cargo de mayor responsabilidad.

El caso Neel quedó zanjado definitivamente.

Pero había muchos más casos. Y el más inquietante era el de la guerra en Sudamérica. Parecía ser que el general Santiago Álvarez no

estaba vencido, ni mucho menos, sino que eludía los ataques que le dirigía Steve Allyson y sus tropas, practicando una táctica de desgaste continuo, mientras sus emisarios reclutaban por todas partes nuevos hombres para la lucha.

Hastiado de aquella inútil matanza, Weiss hizo regresar a Allyson, y sostuvo con él una conferencia privada, a la que sólo asistió Nadia Gamet, y no como Consejera de Sanidad, sino por la intimidad que tenía con ambos hombres.

—Esto tiene que terminar, Steve —dijo Weiss—. Y creo tener un medio eficaz para conseguirlo.

— ¿Cuál? —preguntó Allyson.

—Vamos a dar el mando del ejército a Santiago Álvarez.

— ¿Estás loco? —exclamó Allyson, atónito.

—No, nada de eso. Sé que lo pretende Álvarez. Sus colaboradores afirman que en el mundo deben existir dos potencias, dos fuerzas, dos mundos, en perfecto equilibrio. Ésa es su doctrina. Ellos pueden reconstruir América, de norte a sur, mientras que nosotros reconstruimos el resto del mundo.

»Pero nosotros opinamos de otro modo. Un solo mundo, un solo estado y un solo ejército de paz. Pues bien. Álvarez tiene que aceptar el mando de nuestro ejército. Eso le dará seguridad y tranquilidad.

— ¡Pero se apoderará de cuanto hemos hecho!

— ¿Tú crees? ¿Es que no tienes fe en ti mismo?

—En mí, sí; pero no en él.

—Álvarez es un hombre inteligente —medió Nadia—. Sospesará la propuesta. Y cuando se convenza de que no actuamos con engaños, aceptará.

—No estoy yo tan seguro. Sus hombres mataron a Ed Lambert… Es posible que maten también al mensajero que le enviemos.

—No me asusta la muerte —dijo Weiss secamente.

— ¿Vas a ir tú?

—Sí.

— ¡Eso no puede ser!

—Ya lo creo que sí. Ernst Mehler me decía: «Max, cuando tengas un grave problema, atácalo de frente. A los hombres de verdad les desarma la nobleza.»

»Yo no olvido al hombre que pagó por formarme. Fue un padre para mí. En este caso, él habría hecho lo que yo. No trates de impedirme que

vaya al refugio del general Álvarez. Si fracaso, sólo habremos perdido un hombre.

Nadia tenía confianza ciega en Max. Por esto dijo:

—No fracasarás, Max… ¡Tú no puedes fracasar en nada de lo que hagas!

—Gracias, Nadia. Tú me comprendes.

— ¿Y qué haré yo, Max?

— ¿Tú? Muy sencillo. Presentar tu candidatura para el cargo de Consejero del Espacio. Hay mucho que hacer en las colonias interplanetarias.

Allyson sonrió.

—Ya lo tenías todo pensado, ¿eh? Bien, admito que he fracasado como general en jefe de la Unión Mundial. La verdad es que no quise ser excesivamente duro con ellos. Pude haberlos aplastado en los montes andinos y no lo hice.

—Habría sido una carnicería inútil, Steve. No te preocupes. Ahora, vas a volver a tu cuartel general de Brasil. Ordenarás una retirada progresiva de tus tropas y harás saber al enemigo que voy a ir, indefenso y solo, a conferenciar con Álvarez.

»Quiero que seas concreto. Voy sin condiciones. Ellos me conocen. Mi «jet» tomará tierra el próximo domingo a las doce en punto, en el centro de las ruinas de Brasilia.

—De acuerdo, Max. Así lo haré.

— ¡Ah, y como medida de garantía, para que no ignoren nuestro propósito, además de la radio, pon en libertad a todos los prisioneros, quienes llevarán el mensaje a Álvarez!

* * *

Allyson cumplió todo cuanto le indicó Weiss.

Y el día señalado, sin haber comunicado a nadie su propósito, Max Weiss tomó un «jet» de propulsión fotónica, y saltó el Atlántico en ígneo vuelo, para dirigirse al corazón de Brasil, casi a someterse a las exigencias del general rebelde.

No le importó la masa de tropas que distinguió desde la altura, esperándole. No era un ejército regular, ni siquiera uniformado, como el de Allyson. Eran hombres de todas las razas, armados con toda clase de instrumentos de guerra. Hombres fieros, mujeres hostiles, envenenados por la propaganda de Álvarez y sus correligionarios.

Había cientos de miles, aguardando si el famoso Max Weiss era capaz de cumplir su palabra, como habían mencionado las radios y los prisioneros que por millares había puesto en libertad el ejército de la Unión Mundial.

Max vio el claro en el centro de la plaza. Hizo descender su «jet».

Cuando el aparato se detuvo en tierra, una fuerza especial, correctamente uniformada y provista de armas modernas y electrónicas, surgió de entre la muchedumbre, haciendo retroceder a ésta. Eran más de diez mil hombres. La élite de las tropas de Santiago Álvarez, y estaban allí, por orden del propio general, para impedir que sus hordas causaran daño alguno a Max Weiss.

Era evidente, pues, que los americanos daban la importancia que merecía al hecho de que el personaje más importante del mundo que les estaba hostigando se presentase ante ellos, como había prometido, sin escolta ni armas, exponiéndose a recibir un disparo de bala.

Santiago Álvarez no estaba lejos. Su vehículo blindado apareció a los pocos minutos, abriéndose paso entre la multitud, para luego dirigirse a donde le esperaba Weiss, ya en tierra.

El general disidente era de estatura regular, de facciones enérgicas, ojos penetrantes y facciones expresivas y morenas. Su única arma era una pistola electrónica, que llevaba al cinto, en una funda de metal azul.

—No dudo que le animan verdaderos deseos de paz, señor Weiss —dijo Álvarez, por todo saludo, al tender la mano al visitante.

—Desde luego, general Álvarez. En Europa nos hablamos todos de tú.

—Eso es muy importante. Nosotros también podemos hacerlo. Admiro tu valor. Secretario General Weiss.

—Y yo tus convicciones, general. Por eso he venido. Creo que los hombres se pueden entender hablando.

—Muchos de tus hombres lo han intentado, sin éxito. Estoy convencido de que deben existir dos mundos, dos fuerzas…

—No, perdón. Mi convicción es más profunda. Un solo mundo y un ejército de paz. Estamos dispuestos a darte el mando de ese único ejército de paz, a condición de que jamás podrás revelarte contra la Constitución.

Max Weiss hablaba un español correcto. No obstante, Álvarez quedó sorprendido al oír aquello.

— ¿He oído bien? Me propones que mande vuestro propio ejército,

¿no es así?

—Ni más ni menos. Y que América venga a la única ciudad mundial que estamos construyendo. Allí cabremos todos.

— ¡Es inaudito, increíble! ¡Macho, esto es portentoso! ¿A quién se le ha ocurrido tal dislate?

—A mí. ¿Aceptas?

— ¡Por supuesto! ¡Yo jefe del ejército del mundo entero! ¡Macanudo, che! ¡Es lo mejor que he oído en mi vida!

CAPITULO VIII

MAGISTRAL LECCIÓN

Han pasado dos años.

Max Weiss y Nadia Gamet habían contraído matrimonio y ya tenían un hijo, que recibió el nombre de Ernst. También la enorme ciudad se extendía ya más allá de los límites de lo que había sido la antigua Alemania, ocupando tierra francesa, austríaca y polaca, porque Alemania y Checoslovaquia estaban ya invadidas de avenidas, edificios, hospitales, escuelas y grandes almacenes, donde se podía adquirir, sin pago alguno, todo lo que la gente pudiera necesitar.

Había restaurantes colectivos por zonas, con mesas familiares e individuales, a donde acudían todos a desayunar antes de iniciar la jornada de trabajo o escolar.

Las fábricas subterráneas seguían trabajando y cumpliendo los programas establecidos. Poco a poco, la inmensa urbe se identificaba, se compenetraba y se extendía, absorbiendo los grandes campamentos de refugiados que habían llegado de todas partes del mundo.

Algo que se había desterrado totalmente era la segregación racial. Allí sólo existía una raza: la humana. Todos tenían los mismos derechos. Y el respeto mutuo era general, sin excepciones.

Cada individuo había sido clasificado e identificado en grandes centros estadísticos creados al efecto, dependientes de los distintos departamentos de las Comisiones Parlamentarias. Así, los niños dependían de sus padres hasta la edad escolar. Luego, dependían de la Consejería de Educación, cuyos organismos adaptaban a cada ser a sus capacidades, dándole aquellos estudios, para, luego, pasar a depender de los organismos de trabajo.

Los enfermos eran atendidos en los hospitales, en régimen de

independencia familiar, hasta ser dados de alta. De los inválidos permanentes se cuidaba la Sanidad, así como de los ancianos. El departamento de la Consejería de Vivienda era uno de los más atareados, porque, aunque se cumplían y hasta se aceleraban los programas, no era fácil dar albergue definitivo a cada persona o familia, y se tenía que estar continuamente improvisando y recurriendo a procedimientos heterogéneos para acomodar a tantos millones de seres.

Una de estas medidas fue la que obligó a Max Weiss a casarse con Nadia. Precisamente, la mansión que la Consejera de Sanidad había ocupado de soltera le fue asignada, como Consejero del Ejército, al general Santiago Álvarez.

Nadia y Max se instalaron juntos en la casa de él, aunque a decir verdad casi todo el tiempo lo pasaban en sus despachos, o viajando por el perímetro de Ernst Mehler City.

Dentro de aquella enorme ciudad se habían dejado parques naturales como lo eran la Selva Negra, las riberas del viejo Rhin, los montes tiroleses, que se convertían así en inmensos parques de recreo, al alcance de todos los habitantes del mundo.

América, África, Asia y Oceanía eran también reservas y campos extensos para las factorías agrícolas, porque la humanidad debía alimentarse.

Y todo parecía ir saliendo felizmente. La Humanidad se habituaba al nuevo sistema colectivo, se trabajaba con entusiasmo y se iniciaban otra vez las colonias interplanetarias, de donde se traía materia prima para la industria, especialmente metales extraños, plantas medicinales, y animales exóticos, para aclimatar en la Tierra.

Max Weiss podía sentirse satisfecho. Su ingente obra iba adquiriendo forma. La sociedad marchaba bien, salvo insignificantes excepciones, y se esperaba que cuando llegase el relevo de las nuevas generaciones, todo iría mejor.

Pero, un día, el Consejero de Ciencias, Joel Stankowich, se presentó en el despacho de Max Weiss. Solicitó audiencia, que le fue concedida inmediatamente, y entró.

Sus primeras palabras, fueron:

— ¡Lo tengo, Max!

— ¿Qué es lo que tienes?

—El medio para producir ondas vibratorias controladas de sistema ondulante negativo.

Max arqueó las cejas, sin comprender del todo.

— ¿Qué quieres decir, Joel?

—Estamos en condiciones de devolver la papeleta a Kolwo, empleando el mismo procedimiento que ellos utilizaron con nosotros.

Max no respondió. Se quedó mirando fijamente a su visitante. Luego, con voz suave y mesurada, dijo:

—Permíteme felicitarte, Joel. Es un gran adelanto. Ignoraba que estuvieses trabajando en eso.

—Desde que ocurrió aquello, hace casi tres años, no he dejado de pensar. Ya hace algún tiempo que estamos tratando las vibraciones en los laboratorios de la Universidad Número Uno. ¡Comprenderás que un hombre de ciencia como yo, dedicado toda su vida a la radioastronomía, no podía olvidar el fenómeno!

»¡Y, de pronto, la idea surgió! Estaba haciendo unos cálculos en la pizarra, cuando una fórmula acudió a mi mente. La estudié, la comprendí y… ¡me faltó tiempo para ir al laboratorio a experimentarla en la práctica!

»Hemos conseguido un pequeño temblor artificial en el laboratorio, Max. Y estamos en condiciones de enviar ondas negativas a Kolwo.

—Nosotros no haremos eso, Joel.

El otro miró a Max a través de las gruesas gafas, sorprendido.

— ¿No, Max?

—No.

—Ellos nos destruyeron totalmente.

—No es cierto. Nos dieron una lección. No podemos odiarlos, porque ni siquiera los conocemos. Además, lo que hicieron ha servido para que la Humanidad esté ahora de muy distinta manera a como estaba antes.

»Estamos en una nueva Era, Joel. No debes olvidarlo.

—Sí, comprendo. Pero ellos no vacilaron en enviarnos sus vibraciones y aniquilaron media Humanidad, porque temían que pudiéramos llegar hasta ellos y ocasionarles daño.

—Ese peligro no lo han eliminado, Joel —repuso Max seriamente—. Y lo saben muy bien. Saben que estamos rehaciéndonos, y que nos gobernamos de otra manera.

»Mi intención es continuar en la misma senda, solucionar nuestros problemas y dejar que las generaciones futuras entablen las relaciones que consideren oportunas con esos seres.

»Ellos deben saber que nosotros encontraríamos el modo de producir vibraciones negativas. Deben saber que ni siquiera ellos pueden impedir el progreso y la evolución de nuestras técnicas.

»¿Qué destino desean para nosotros? El que ahora hemos iniciado, que es bueno, y todos lo aceptan. La Humanidad se ha encontrado a sí misma, Joel. ¿Te parecería bien que ahora iniciásemos una lucha intergaláctica, como en los viejos tiempos de las conquistas coloniales, por el simple hecho de haber obtenido un arma nueva?

»¿Qué sabemos nosotros de esos seres? ¿Sabemos acaso si poseen el modo de impedir que les dañen las vibraciones? Supongo que sí. Pero sospecho que deben tener otras armas. Y hasta afirmaría que en estos momentos, pese a la distancia que se encuentran de nosotros, están escuchando esta conversación.

Joel Stankowich se agitó, inquieto, en su silla.

—Estuve veinticuatro horas sepultado, Max —dijo—. Jamás olvidaré aquellas horas. Fueron interminables, angustiosas. Vi la muerte tan cerca que todavía creo estar muerto y habitando otro planeta.

—Todos pasamos lo nuestro, Joel. Debemos olvidarlo. No debe existir represalia. En realidad, nuestro mundo estaba infectado. Había que sacudirlo, amputarlo, renovarlo. Eso estamos haciendo.

»Pero no ceses en tu trabajo. Hay que continuar investigando, descubriendo nuevas fórmulas y aplicaciones. La superación no ha terminado ni terminará nunca.

»Recuerda la Constitución, Joel. Nosotros jamás seremos agresores. Todos hemos jurado cumplir y defender esta Constitución.

—Sí… Sí, Max; tienes razón. Pero esto significa mucho para nosotros.

—Significa que estamos siendo algo en el concierto de las razas del Universo. De ahí nos vendrá el respeto.

»Voy a decirte algo, Joel. Hacía días que no te veía, absortos como estamos todos en el trabajo, pero entre Agyson y yo estudiamos las posibilidades de un viaje a «Tau» de Ceti. Creo que tenemos una posibilidad de ir y venir, empleando un procedimiento de salto en el tiempo. Con las nuevas naves «Escorpión» se puede intentar la aventura.

El radioastrónomo abrió desmesuradamente los ojos.

— ¿De veras, Max?

—No te miento. Ya me conoces. Allyson está preparando a un equipo. Todos son voluntarios. Se arriesgan a no volver, pero si consiguen algo, habremos dado el salto más importante de la historia de la Astronáutica.

— ¿Quién se ha encargado de los cálculos?

—Mayerberg y Dickson.

¡Ah, buenos matemáticos!

—Tienen una teoría muy atrevida. Se trata de una prueba que sobre la pizarra ha resultado positiva. La nave, los hombres y cuanto hay en ella, deben sumergirse en un túnel hiperespacial, a velocidades superiores a las de la luz. Romperán la barrera del tiempo y se trasladarán, casi instantáneamente, a través de dimensiones desconocidas, a nuestra propia dimensión, en otro lugar del Universo.

»Así es como creen Mayerberg y Dickson que se trasladan las naves extraplanetarias. Las matemáticas lo demuestran. Ahora, falta resolver el problema en la práctica.

»Dickson, en persona, formará parte de esa expedición.

— ¿Por qué no me lo habías dicho?

— ¡Vamos, Joel! ¿Crees que yo sé todo lo que está ocurriendo en el mundo? Tenemos ya más de mil Universidades Superiores. Tengo a mi servicio más de cincuenta mil personas, que trabajan en la Secretaría General. Esto no es la Compañía Mehler.

— ¡Menuda Babel estamos formando, Max! Desde luego, es maravilloso todo. Hombres de todas las razas y de todas las lenguas se esfuerzan en aprender el «mehleranto» y pronto me obligarán a mí también a expresarme en esa lengua… ¡Dios mío, Max! ¡Habré de renunciar a la Consejería Científica!

—Desde luego que sí, Joel. La nueva lengua es obligada. Además de la tuya propia, debes aprender el idioma universal.

—No sé si lo lograré, Max. Creo que será mejor que me retire a mi casa, a mis cálculos…

—No podrás. Tendrás que pedir un nuevo puesto de trabajo. Y te obligarán a estudiar esa lengua.

— ¡Tú tienes facilidad para los idiomas, Max! Pero, yo, ¡pobre de mí, sólo entiendo de cálculo!

—No te preocupes, Joel. Todo tu personal pronto hablará esa lengua. Dispondré que lo hablen todos en tu presencia, para obligarte a aprenderlo.

»Y perfecciona tu descubrimiento. Haz un informe, que será estudiado en el Parlamento. No soy yo quien decide, como sabes. Pero piensa que me opondré a todo acto de agresión. Y si alguno de nosotros lo realiza en el futuro, será castigado con todo el rigor de la ley.

* * *

Steve Allyson llegó una noche a casa de Max Weiss. Dejó su automóvil ante el jardín y corrió hacia la entrada. Max y Nadia, que le esperaban en la puerta, le saludaron y le acompañaron al salón, donde sin grandes lujos, podían sentirse confortablemente las personas más exigentes.

— ¿Qué, Steve? —fue lo primero que preguntó Max.

— ¡Éxito! —exclamó Allyson, jadeante y lleno de alegría—. Lo han logrado.

Nadia y Max abrazaron a Steve Allyson, llenos de entusiasmo y alborozo.

—Cuéntanos. ¿Qué ha dicho Dickson?

—Apenas si entendí nada. Regresan hacia aquí. Mañana podremos hablar personalmente con todos ellos… ¡Pero lo han logrado, y están sanos y salvos! ¡Ninguno de nuestros temores se ha realizado!

»¡Hemos atravesado la barrera del tiempo, saltando al infinito a través de dimensiones desconocidas! ¡Han viajado más aprisa que la luz, multiplicado por un número seguido de veinte ceros!

Evidentemente, Steve Allyson estaba excitado. Su explicación era incoherente.

—Al decelerar y volver a la tercera dimensión, se han encontrado en medio de la Galaxia, a más de cincuenta millones de años luz… Y no había transcurrido, en realidad, más de unos cuantos minutos. Ni siquiera sintieron la transmutación.

»Dickson me dijo: «Nos desvanecimos, Allyson. Así, ¡zas! Todo desapareció en la oscuridad. Y luego, al vernos de nuevo, los relojes apenas se habían movido. Hicimos un reconocimiento astronómico y localizamos nuestra posición, cerca de Aries… ¡Ha sido formidable!».

»Y la vuelta se produjo del mismo modo, sin transición. Volvieron al mismo punto, a ochenta millones de kilómetros de Plutón.

—Era de esperar —dijo Nadia, emocionada—. Yo estaba segura de que lo lograrían.

—Pues yo tenía mis dudas.

— ¿Han podido establecer los cálculos de transmutación galáctica?

—Las computadoras se ocupan de eso ahora. Como comprenderás, Dickson trata de establecer la orbitación dimensional que nos ha de llevar a «Tau» de Ceti.

Se hizo un silencio entre los tres. El pasado surgió de nuevo en sus mentes. Todos volvieron a vivir una angustiosa noche, en el «Yanqui Stadium» de Nueva York, entre millares de heridos, dolor y angustia

infinita. Aquella imagen no se borraría jamás de sus mentes.

Nadia perdió allí a su padre.

Unos seres, que ahora el destino situaba al alcance de su mano, provocaron aquel espantoso cataclismo. Incluso podían hacer vibrar aquel remoto y desconocido sistema y provocar los mismos terremotos que ellos sufrieron en su carne.

Max Weiss jamás creyó que tal sueño pudiera ser realidad. Y lo habían conseguido en tres años de trabajo y recuperación. De una época casi prehistórica, los hombres habían saltado de nuevo al futuro. Se acababan de derribar los muros que les separaban de los más lejanos puntos del Universo. Y la raza humana ya formaba parte del concierto cósmico.

—Creo que debemos celebrar esto, Steve —propuso Nadia—. ¿Quieres tomar champaña helado?

—Excelente ocasión para brindar, amigos míos.

Mientras bebían, para celebrar el acontecimiento, escucharon el llamador electrónico de la puerta. Nadia fue a ver quién llamaba, sorprendiéndose al ver allí al general Santiago Álvarez, en persona.

— ¿Qué celebramos? He pasado por aquí, he visto la luz encendida y… Bueno, ¿puedo pasar?

—Sí, Álvarez. Ésta es tu casa.

—Gracias, Nadia… Hola, Max… ¡Caramba, mi digno antecesor! ¡Esto parece una reunión de alto nivel político! ¡Y champaña! ¿Qué es lo que ocurre?

—Siéntate, Santiago —dijo Max sonriente—. Mañana a primera hora te habrías enterado. Podemos adelantarte que la expedición Dickson ha sido un éxito.

El sudamericano sonrió ampliamente y mostró su fila de dientes blancos.

— ¡Me alegro infinito! ¡Es una gran noticia! ¿Qué os parece si doy la orden de que todos los viejos fusiles disparen al aire y se despierte toda Ernst Mehler City?

—Sería una barbaridad, Santiago. Toma una copa.

El Consejero y Jefe del Ejército de Paz aceptó el ofrecimiento de Nadia. Bebió con los otros y luego dejó ir la pregunta que estaba temiendo Weiss.

— ¿Cuándo partimos?

Max Weiss le miró fijamente a los ojos.

— ¿Partir? ¿A dónde, Santiago?

— ¿Adónde? ¿Qué pregunta es ésa, Max? ¡Sabes que me refiero a Kolwo! Tenemos una deuda pendiente.

— ¿Deuda? Puede ser que le debamos mucho a esos seres, Santiago.

— ¡No finjas, Max! ¡Ya estamos en plena era galáctica! ¡Hemos dado el salto y somos capaces de llegar hasta ellos! ¡Hemos de ir a cobrar lo que nos deben!

—Lo siento, Santiago. No habrá desquite —replicó Max secamente.

— ¿Desquite? No he querido decir eso. Iremos y los aniquilaremos en masa.

— ¿Ya no te acuerdas de la Constitución, Santiago?

— ¡Voto a todos los diablos de Tuiplotlan, Max! ¡Yo agacho la cerviz ante el más fuerte, pero los de Kolwo ya no lo son! ¡Y nos la hicieron gorda!

Max Weiss se cruzó de brazos y miró al sudamericano.

—Cierto, Santiago. Arrasaron nuestro mundo porque nos consideraron un peligro. Ahora, con más motivo pueden hacerlo. ¿Te gustaría sentir el temblor del suelo bajo tus pies como entonces?

— ¡Que lo hagan, Max! ¡Stankowich tiene preparada una salsa para aderezar esa comida! —gritó Álvarez.

—Nada de eso haremos. Si somos atacados, nos defenderemos, Santiago. Nosotros no seremos agresores jamás, porque lo hemos jurado. Y si te rebelas contra la ley, serás castigado.

— ¡Maldita sea…! ¿Qué te propones, Max?

—Sencillamente, me propongo establecer relaciones amistosas con los habitantes de Kolwo. Ardo en deseos de conocer a esa gente. Nada más sencillo.

—Sí, al enemigo hay que conocerlo.

— ¡No son enemigos, Santiago! Son seres de otro mundo, con los que deseamos tener relaciones. Yo no esperaba conseguir esto tan pronto. Pero el destino nos ayuda. Tres años han bastado para que las víctimas de los seísmos cósmicos, aunando sus esfuerzos, puedan alcanzar los más lejanos mundos.

»No iremos allí como conquistadores, ni como enemigos. Iremos, sí, a que se nos respete y considere.

Y si, pese a nuestra buena voluntad, no somos bien acogidos, sabremos mantenernos alejados de ellos. Si, por otra parte, nos hostigan… ¡Entonces, sí, Santiago; sabremos defendernos!

Capítulo IX

VISITANTES EXTRATERRESTRES

Después de una tormentosa reunión del Parlamento, donde la voz del Consejero del Ejército, Santiago Álvarez, clamó airada contra la «cobardía de la nueva sociedad moderna», insultando ferozmente a Max Weiss, y a sus compañeros y dimitiendo de su alto cargo, el ambiente se volvió denso, electrizante y amenazador.

Por vez primera, la gente no acudió al trabajo y se manifestó por las amplias avenidas, en grupos disidentes.

La prensa, la radio y la multivisión habían informado de los últimos e importantes acontecimientos. La experiencia de Dickson había tenido éxito. La Humanidad podía ya saltar las barreras del tiempo, como antes rompiera las del sonido y las de la luz.

Había seres que se consideraban dioses. Otros, más humildes, seguían considerándose hombres.

Por una parte, la Constitución era inviolable. La Humanidad no podía ser agresora. Pero otros decían que la Constitución podía ser modificada, puesto que la habían hecho los hombres.

Nadie había olvidado los horrores del cataclismo que estuvo a punto de ser universal. Todos recordaban que unos seres desconocidos del espacio se atribuyeron la responsabilidad del desastre, con arrogante superioridad de raza. Eran seres que parecían estar enterados de las costumbres de los terrestres, que conocían incluso muchas de sus principales lenguas.

Y querían, ya que ello era posible, demostrar a los seres de Kolwo que la muerte de seis mil millones de seres no podía quedar impune.

Unos pedían atacar inmediatamente a Kolwo. Otros propugnaban la paz. Y la dimisión del Consejero del Ejército de Paz terminó por envenenar las conciencias. Muchos millones de hombres habían seguido

a Santiago Álvarez a la guerra, en Sudamérica, para tener su propio mundo. Ahora aquellas voces le apoyaban.

Max Weiss tuvo noticias de las manifestaciones y del descontento que reinaba en Ernst Mehler City, y se apresuró a hacer una alocución por multivisión.

—Hermanos de raza —empezó diciendo—, debemos continuar unidos. Si nos separamos ahora, el esfuerzo común más maravilloso de la Humanidad se habrá perdido.

»Entre todos hemos levantado una ciudad como jamás existió otra. Es el símbolo de nuestro tiempo, de la técnica actual, del esfuerzo de todos por el resurgir. ¿Queréis que todo esto quede destruido?

»Bastarán unos segundos, para que todo se venga abajo. Se derrumbará como hace tres años se derrumbó toda una vieja y caduca civilización, porque seres inteligentes de otro mundo vieron en nuestra agresividad una amenaza para ellos.

»Antes se mentía y se ocultaba la verdad… Nuestra amada verdad, la razón y la justicia, era pisoteada, vilipendiada y ofendida a diario. Nosotros pretendemos que eso no ocurra, porque nuestro destino está en la ley natural, en el concierto universal del cosmos infinito.

»Prueba de nuestra peligrosidad, fue aquel derrumbamiento, en el que de nada sirvió al que tenía mucho dinero, ni al que tenía poco.

»Éramos una amenaza para nosotros y para los demás. Por esto, ese mundo, más avanzado que el nuestro, decidió escarmentarnos. Y nosotros aprendimos la dura lección. Por esa razón inexcusable juramos respetar una nueva Constitución universal, comprometiéndonos a no emplear jamás la fuerza contra nadie.

»¡No podemos ser agresores, ni siquiera contra los que, por razones de seguridad universal, nos diezmaron y destruyeron nuestras viviendas!

»Cuando se redactó la Constitución, no podíamos tomar venganza. Carecíamos de medios para hacerlo. La horrible fuerza que desataron contra nosotros era desconocida. Pero la Constitución se redactó pensando en que, alguna vez, esa fuerza podía estar a nuestro servicio, como ocurre ahora. Y no sólo eso, sino que recientes descubrimientos nos permiten llegar con nuestras naves hasta el mundo desde el que partió nuestro parcial aniquilamiento.

»No hemos hecho más que abrir los ojos e intuir nuestra fuerza, cuando ya hay muchos, poseídos de espíritu vengativo, que pretenden la revancha, la agresión y la lucha. Ciegos y rencorosos, no se han

detenido a pensar en las consecuencias de ese acto irreflexivo.

»¿Qué nos puede acontecer si, haciendo caso omiso a nuestro propósito de paz y conciliación, enviamos naves que puedan poner en peligro la existencia de seres considerados como superiores a nosotros?

»Sí, porque los seres que moran en Kolwo han demostrado ser superiores en todo a nosotros. ¿Y creéis que se van a cruzar de brazos y se van a dejar exterminar sin defenderse? ¡Ni lo soñéis! ¡Lucharán, se defenderán, y nosotros volveremos a pagar las consecuencias de nuestros múltiples errores!

»Yo os quiero librar de eso. La agresión es ilegal. Nadie tiene derecho a causar daño a un ser humano, ni siquiera a un ser de otra raza. Eso se nos exigió, y nosotros hemos tratado de cumplirlo.

»Habrá viaje a Kolwo, sí. Enviaremos una embajada de buena voluntad. Nadie les reprochará lo que nos hicieron, porque aquello pertenece a una época ya enterrada y olvidada. Nuestra historia empezó hace tres años. Entonces nacimos y todo lo que hemos hecho pertenece a otra época, que es y será mejor.

»Os lo ruego. Volved al trabajo. Debe continuar la expansión. Hay millones de seres todavía sin viviendas, que esperan del esfuerzo de todos nosotros para conseguir unas condiciones de vida higiénicas y humanas.

»Sólo lucharemos para mejorar nuestros medios de vida, para disponer de mejores máquinas, de más cultura, de más diversión. Desoíd a los rencorosos, apartadles de vuestro lado, y si os incitan a la rebelión, denunciadles a las fuerzas de Orden Público. Es necesario que así lo hagáis, sean amigos vuestros o familiares los que propugnan la guerra y el exterminio.

»Si así lo hacéis, la ley os lo premiará; si no, seréis castigados.

El discurso de Max obró un saludable efecto entre el desconcierto de las gentes. Pronto, gritando «¡Viva Max Weiss!», la gente regresó a sus puestos de trabajo. Todo el mundo había comprendido la gran razón que existía en sus palabras.

Sin embargo, Santiago Álvarez, seguido de un grupo de fieles adictos, escapó en una nave y fue a refugiarse en las selvas de Sudamérica, rechazando aceptar la resolución del Parlamento.

Max Weiss, contra su voluntad, hubo de cursar la orden del Consejero de Justicia, declarando a Santiago Álvarez fuera de la ley, aunque no se dictó ninguna orden de búsqueda y captura. Se sabía que los desertores no significaban ninguna amenaza por formar un número

muy reducido.

* * *

El día ocho de junio del año 4, a las tres de la tarde, los observatorios astronómicos descubrieron un singular fenómeno en el cielo. Al principio, no se pusieron de acuerdo en catalogar la naturaleza de la singular observación.

Sin embargo, una hora después, el acuerdo fue unánime: todos los observatorios pudieron contemplar una nave, de forma lenticular, de grandes dimensiones, que se acercaba a la superficie del planeta.

Inmediatamente, se dio la orden a las Fuerzas del Espacio, y numerosas naves de guerra salieron de los espaciopuertos, a fin de interceptar la peligrosa proximidad de aquella nave.

Steve Allyson fue informado inmediatamente de que jamás se había observado un objeto semejante como aquél en el espacio. Los jefes de las unidades de interceptación le informaron:

— ¡Se trata de una nave metálica, de más de dos kilómetros de diámetro! ¡Avanza hacia la Tierra y todos nuestros mensajes no han obtenido contestación! ¡Esperamos instrucciones!

Fue informado el Secretario General, que, desde los primeros instantes, no se había movido de su despacho, obteniendo toda clase de datos, incluyendo una película tomada a gran altura, por una de las naves de reconocimiento.

Mientras se reunía el Parlamento, Max Weiss sugirió que no se hiciera ningún acto hostil contra la nave, que, indiscutiblemente, era de origen extra-terrestre.

—No debemos atacarles, Steve —aconsejó a Allyson—. Que se la vigile continuamente, pero que nadie intente ningún acto hostil. Estoy seguro de que nos enviarán algún mensaje, tarde o temprano.

Efectivamente, la singular nave galáctica continuó descendiendo, hasta situarse en una posición orbital fija, exactamente sobre la nueva ciudad de Ernst Mehler, a unos veinte kilómetros de altura. Una vez allí, como una nueva luna de la Tierra, permaneció en completa inmovilidad, moviéndose sólo al ritmo de giro del planeta, como si hubiese sincronizado su movimiento rotatorio.

Por la noche, de su parte inferior surgió un poderoso foco de luz intensa y blanca, que iluminó, como, si fuese de día, toda la plaza del Parlamento de Metzler City.

A media noche, exactamente, todas las emisoras de radio, pudieron detectar un mensaje, transmitido en la nueva lengua «mehleranto», y que decía:

—Atención, atención, seres de la Tierra. Por vez primera en vuestra historia moderna llegamos hasta este mundo y nos dejamos ver. No es nuestra intención causaros daño alguno, sino todo lo contrario.

Nos complacería ser recibidos por vuestros superiores, a los que traemos un mensaje de Kolwo.

»Si encendéis todas las luces de vuestra gran ciudad, entenderemos que deseáis recibirnos. Si, por el contrario, apagáis todas vuestras fuentes de luz, indicando así que estáis resentidos contra nosotros y no queréis que os visitemos, regresaremos a nuestro mundo inmediatamente.

Max Weiss tomó la decisión de difundir inmediatamente la orden de encender todas las luces de la megápoli. Luego radió un mensaje que iba dirigido a los extraordinarios visitantes del espacio, en el que dijo:

—Espero que podáis comprenderme. Hemos encendido todas nuestras luces, accediendo así a que toméis tierra, a cuyo efecto hemos desalojado uno de nuestros principales espaciopuertos. Tenemos verdaderos deseos de entablar relaciones con vuestra raza y, desde luego, no recibiréis ningún daño de nuestra parte.

La contestación tardó media hora en llegar. Y fue sorprendente:

—Nuestra nave no puede descender sobre vuestro espaciopuerto. Sin embargo, en el centro del lugar que nos habéis indicado, vamos a proyectar una embajada, compuesta por seis miembros de nuestra tripulación, que se materializará ante vuestros ojos.

»Esperamos que entre nosotros exista siempre buen entendimiento y amistad.

Max Weiss y su esposa tomaron rápidamente un vehículo para trasladarse al espaciódromo indicado.

También cursó un mensaje al Parlamento, que se hallaba reunido, para que todos los consejeros acudieran allí inmediatamente. Las fuerzas de Orden Público, a fin de evitar dificultades, acordonaron el lugar, no dejando pasar a nadie.

Max Weiss y Nadia estaban excitados, cuando llegaron a su destino, bajo la intensa luz blanca que venía del cielo. Allí estaban ya algunos consejeros, entre ellos Ludwig Eager, Wilhelm Kraus y Katryn Swanken.

— ¡Han dicho que van a venir seis de ellos! —exclamó alguien.

—Sí. Van a ser proyectados o materializados —corroboró Max —Me

gustaría que Santiago Álvarez pudiera estar aquí en estos instantes.

Cuando estuvieron allí casi todos los consejeros, en el centro del espaciódromo se produjo algo semejante a una fosforescencia. Los consejeros estaban a unos cien metros de distancia y no pudieron percibir perfectamente lo que ocurrió. Además fue todo muy rápido.

Y, detrás de la fosforescencia, surgieron media docena de seres, de una estatura inferior a la humana, ataviados con escafandras plateadas y grandes cascos, y unos equipos espaciales enteramente desconocidos en la Tierra.

Aquellos seis individuos, a los que no era posible ver el rostro, poseían aspecto humanoide o antropoide, o sea que tenían cabeza, tronco y extremidades. Sin embargo, ocultaban sus facciones tras lo que parecían cristales oscuros.

Ninguno de los seis extraños visitantes se movió del lugar donde se habían materializado, hasta que Max Weiss y algunos de sus más fieles compañeros se acercaron a ellos, deteniéndose a una distancia de seis o siete metros.

Entonces el que estaba en el centro de la primera línea, con cierta torpeza, alzó su mano enguantada, haciendo un expresivo saludo de paz y amistad. Luego de su escafandra surgió una voz ampliada por medio de circuitos transistorizados o algo así, que se expresó en correcto «mehleranto».

—Gracias por vuestro recibimiento, Secretario General Weiss.

— ¿Conocéis incluso mi nombre? —preguntó Max.

—Sabemos todo lo que has hecho por tus hermanos de raza. Es para nosotros un honor felicitaros. Lamentamos no podernos desprender del equipo de protección que llevamos, dado que vuestra atmósfera es distinta a la nuestra. En las mismas condiciones os hallaréis vosotros, si aceptáis la invitación que he venido a formularos, en nombre de nuestro Consejo Superior.

— ¿Queréis que visitemos vuestro mundo?

—Sí.

—Antes debéis honrarnos con vuestra presencia aquí. Os mostraremos nuestro mundo.

El portavoz «kolwo» dejó escapar algo así como una risita.

—Nosotros conocemos la Tierra desde hace millones de años. Hemos aprendido, incluso, el idioma «mehleranto» que habéis creado.

— ¿Cómo es eso posible?

—Captamos todas vuestras ondas de radio y televisión. Además,

durante siglos, nuestras naves han estado explorando este planeta, sin que vosotros os hayáis dado cuenta total de ello.

— ¿Han sido vuestros platíbolos los que, durante los últimos años, han causado terror a nuestros campesinos?

—Nosotros solos no, naturalmente. En el universo que nos rodea, no es la nuestra la única raza supercivilizada. Existen muchas otras, que también os han visitado con frecuencia, siempre con fines pacíficos y de investigación.

»Nosotros somos, sin embargo, los que más próximos estamos del Sistema Solar y los que más interés hemos tenido en acelerar vuestro progreso. Estamos seguros de que, de no haber sido por nuestra continua intervención, todavía estaríais cazando animales salvajes con instrumentos de piedra.

Max Weiss no se sorprendió al oír aquello.

— ¿Quieres decir que nos habéis ayudado directamente en nuestra evolución técnica y científica?

—Sí. Eso hemos hecho. Nosotros hemos enviado mensajes al subconsciente de muchos hombres inteligentes de vuestra raza, iluminándoles y facilitándoles por telepatía sus investigaciones.

»Hemos de reconocer que no somos lo que se dice seres perfectos o superiores. Nuestra propia evolución continúa. Como pronto sabréis, nuestro mundo es mucho más antiguo que el vuestro y nuestra raza está organizada de un modo que todo funciona como un perfecto engranaje de relojería.

»Por este motivo, no podíamos sino contemplaros con alarma, dado que lo que nosotros llamábamos el Experimento Humano se escapaba de nuestro control, dada la autonomía y libertad de vuestra inteligencia.

»No nos fue posible evitar vuestras guerras. Hubimos de aceptar que el progreso y la evolución de vuestro mundo se produjera a consecuencia de los grandes desajústele organización que habéis tenido.

»Por vez primera en vuestra historia estáis organizados de una manera racional. Habéis dado el primer paso de gigante para que el futuro esté libre de amenazas y peligros. Y nosotros sabemos perfectamente que eso te lo deben a ti, Max Weiss, aunque nuestros medios de influencia telepática hayan ejercido cierta presión para no desviarte de tu propósito inicial. A veces, según hemos podido comprobar, hace más la voluntad de un solo hombre que el deseo y la buena intención de todo un pueblo.

— Sin embargo —replicó Max Weiss, seriamente—, vosotros hicisteis

desaparecer nuestro mundo.
— Para que unos seres vivan, otros tienen forzosamente que morir. En realidad, no se muere más que físicamente. Vuestros cuerpos, como los nuestros, están hechos de materia orgánica, con la que formamos la razón y el espíritu, que es la esencia del ser superior. Como materia, estamos sujetos a limitaciones de orden orgánico. Pero en la evolución de nuestro espíritu hay continuidad. Es otra vida, que se inicia al perder el estado material. Cada uno la reanuda en la misma edad en que muere. Y se crece, se envejece, se transmuta, se evoluciona a otros estados superiores, donde la materia no existe en la forma que la conocemos ahora.

»Esto no es fácil de comprender y nuestros metafísicos os lo explicarán mejor que yo. Cuando vengáis a ver nuestro mundo, os daréis cuenta también de que somos prácticamente iguales, aunque nuestra estatura sea algo inferior a la vuestra.

»Nosotros tenemos una organización política muy desarrollada. Hace siglos que nos regimos por un Consejo Superior, compuesto por ancianos experimentados.

»Tenemos muchas ciudades, antiquísimas, de hierro indestructible. Nuestra natalidad está severamente controlada, porqué ocupamos totalmente la superficie de Kolwo. Una de las leyes universales que pronto conoceréis es que el ser material nace y muere en él ambiente que le es propicio, y son contadas las excepciones en que un ser se aclimata a otro medio que no sea el suyo.

»Vosotros tenéis el privilegio de disponer de muchos mundos que os son propicios, como Marte, Venus, Urano, Neptuno, Plutón y muchos satélites de Saturno y Júpiter. Eso significa que la aclimatación será factible y os podréis desarrollar sin necesidad de controlar vuestro crecimiento.

»Pero alguna vez, quizá dentro de millones de siglos, porque la vida es eterna en todos los órdenes, también vuestros mundos morirán. Ahora los recursos que poseéis son ilimitados. Sois la semilla de una ingente y poderosa raza. Y nosotros nos sentiremos orgullosos de ser vuestros amigos.

»Olvidad los terremotos que destruyeron vuestra civilización. Era necesario cambiar vuestra mentalidad agresiva. Ahora, creemos, sois diferentes. Por esto hemos venido con la mano abierta y franca.

Capítulo X

MAX WEISS VIAJA POR EL TIEMPO

Tkrawo, el jefe de la expedición «kolwa», era un hombre de facciones bellas, redondas, ojos de una coloración entre gris y azul, muy hundidos en su voluminosa cabeza. Su cuerpo, enfundado en un uniforme negro y brillante, era menudo y nervioso; sus manos, gesticulantes.

Lo más increíble era el lugar donde recibió a sus, invitados terrestres, que en nada se parecía a un salón de recepciones, de diseño fantástico, arquitectura increíble y vanguardista, por llamarla de algún modo, donde destacaba el acero transparente, de colores suaves y sutiles, en donde la luz desempeñaba un papel importante.

Aquel sujeto también era increíble y admirable.

Sabía de la Historia de la Tierra tanto o más que todos ellos.

Estaba de pie e iba de uno a otro de sus visitantes, llamándoles a todos por su nombre. Les mostraba los dioramas fotográficos en relieve de su mundo, junto con los objetos de arte y ciencia más insospechados, relatándoles con todo cuidado sus cualidades, origen o propiedades.

Antes de reunirse en aquel salón, les había mostrado la portentosa nave espacial, presentándoles primero a toda la tripulación, que estaba compuesta por más de cinco mil seres, todos de idéntica estatura, de facciones similares, aunque sus uniformes eran distintos.

Tkrawo había dicho, al respecto:

—El uniforme distingue la calificación técnica de cada tripulante. Observad que los uniformes negros son los más escasos. Corresponden al personal técnico superior… ¡Ah, pero no existe diferencia alguna entre yo, que soy el jefe de la nave, y el último operario! Aquí cada uno posee una misión. Todos la cumplen fielmente. Y todos somos iguales.

— ¿En qué sentido de igualdad? —quiso saber Max, hablando a

través del micrófono de su traje escafandra.

—Estrictamente real. Como cada uno de nosotros conoce su deber, no es necesario siquiera dar órdenes. Si alguno falla, está indispuesto y se le sustituye por un miembro de reserva. Al restablecerse, vuelve a ocupar su puesto.

»No hay insubordinación, rebeldía ni nada de eso que ocurre entre vosotros, cuyo libre albedrío está demasiado arraigado. A nadie se le ocurre venir a ocupar mi puesto, ni yo puedo sustituir a un mecánico.

— ¿Y no son libres de hacer lo que se les antoje?

—En cierto modo, sí. Pero nuestra existencia está programada desde la edad escolar. Nuestros fines están marcados. Para alterarlos, se necesita el designio del Consejo Superior, el cual nos elige, como, por ejemplo, para formar parte de esta expedición.

»Yo era responsable de una nave de investigación espacial. Mi deber, señalado desde la edad escolar, era éste. Y aquí estoy, ahora cumpliendo un agradable deber.

—Tu agrado nos honra, Tkrawo —replicó Max Weiss.

Tkrawo invitó a comer a sus nuevos amigos. Para ello se dispuso de una sala de coloración azul, adornada con paisajes «kolwos», donde un tabique separaba a los visitantes de su anfitrión. Esto se hizo para que ambos pudieran respirar su propia atmósfera. Y, efectivamente, los «kolwos» reprodujeron con toda fidelidad la atmósfera terrestre en la estancia destinada a Weiss y sus compañeros.

De este modo, pudieron quitarse los trajes de protección y las escafandras que llevaban. La gravedad del piso también correspondía exactamente a la de la Tierra.

¡Y la comida fue lo más extraordinario que pudieron saborear jamás los terrícolas!

Servidos por medios electrónicos, los alimentos, bebidas y frutas surgían ante ellos, por medio de un ingenioso artilugio instalado en la misma mesa. Bastaba retirar un plato para que éste desapareciera y surgiera otro en su lugar, esmeradamente presentado, nutritivo y agradable, tanto al paladar como a la vista.

Tkrawo les explicó en qué consistían los manjares. Todos eran productos naturales de Kolwo, que se cultivaban en la nave, y correspondían a alimentos vitamínicos de alto valor nutritivo.

Como la fisiología de los «kolwos» era similar a la terrestre, la alimentación fue una grata experiencia, que se extendió a unos deliciosos postres, naturales y de pastelería —en la que los «kolwos»

eran consumados artífices—, para terminar con una selección de frutas exóticas, que los invitados probaron sin reparos, porque su aspecto era tentador y fascinante.

Lo más sorprendente fue al término de la comida, cuando Tkrawo les invitó a visitar una sección de la nave donde trabajaban numerosos técnicos «kolwos», frente a aparatos extraños y complicados.

—Os he traído aquí porque sé que os agradará conocer nuestros adelantos en una cuestión que siempre os ha fascinado. Os asombraréis de cómo establecemos, con rigurosa exactitud, todo el proceso histórico de las razas y de los pueblos hasta la más remota Antigüedad.

»Esto que estáis viendo aquí, amigos míos, es lo que llamáis una máquina para viajar por el tiempo.

Max y Nadia se miraron asombrados. Fue ella la que preguntó:

—Pero ¿es esto posible, Tkrawo?

—Naturalmente. Y como obsequio, vamos a facilitaros seis tambores, con más de veinte mil metros de grabación magnética, donde podréis observar los errores históricos cometidos por los historiadores, desde el principio de la Humanidad.

— ¿Quieres decir que nuestra historia no es exacta?

—Indiscutiblemente que no. Las grandes lagunas de la historia han sido rellenadas, «a posteriori», según las interpretaciones o conveniencias de cada historiador. Nosotros hemos registrado esa historia por dos procedimientos. El testimonio ocular y continuo de nuestro departamento de investigaciones alienígenas, y por el sondeo visual y directo, en máquinas semejantes a ésta, cuyo dominio poseemos desde hace cientos de miles de años.

— ¿Es vuestra civilización muy antigua, pues? —preguntó Joel Stankowich.

—Nosotros tenemos más de doscientos millones de años de historia.

Al recobrarse de su estupor, Max Weiss manifestó su deseo de conocer aquella extraña máquina con más detalle. Tkrawo, sonriendo con su amplia boca, fue más explícito.

—Puedo permitirte dar un paseo de media hora por el pasado, Max Weiss. ¿A qué época te gustaría trasladarte?

—Al futuro.

Tkrawo sonrió y dijo:

—No, al futuro no es posible. Nos está vedado, porque el futuro no existe aún. Sólo el pasado, cuyas huellas ha dejado el tiempo grabadas en el decurso de los mundos, puede ser reproducido. Sin embargo, debo

advertirte que tú no puedes intervenir directamente en nada. Ni siquiera te es posible mover una piedra de su sitio. Tu estado material será invisible para todos los seres que te encuentres. Podrás escuchar y ver, pero no intervenir en nada.

»Nosotros podemos situarte en determinado punto y momento. Desde ese instante, el tiempo empieza a transcurrir, tanto para ti como para nosotros. Cuando regreses, habrás perdido en presencia todo el tiempo que hayas permanecido ausente.

»¿Quieres probar?

—Sí, desde luego. Supongo que no correré ningún peligro.

—Ninguno en absoluto. Y puede acompañarte alguno de tus amigos… ¿Quieres ir con tu esposa?

—Sí —dijo Nadia—. Me encantaría.

— ¿Qué época elegís?

—Me gustaría conocer Roma en tiempos de Pompeyo —dijo Max Weiss.

* * *

Max y Nadia se encontraron, de pronto, en medio de una calle invadida de gente, que vestía a la moda romana de la época, con clámides, sandalias; llevaban las piernas desnudas y los pliegues de las togas caían con gracia de sus espaldas.

Oyeron voces, gritos, exclamaciones, en un lenguaje que les era desconocido. Toda aquella muchedumbre parecía dirigirse hacia un lugar de la impresionante ciudad.

—Hablan de las victorias de Julio César en las Galias —dijo Nadia a Max.

— ¿Sabes latín?

—Algo. Soy francesa. Más bien deduzco que comprendo. Nuestra lengua tiene su origen en lo que hablan estas gentes.

— ¿Y dónde van?

—Al Senado, donde Pompeyo va a dar a conocer las grandes victorias que César ha logrado con sus legiones… Vamos, eso es lo que creo.

Efectivamente, siguiendo a la muchedumbre, pero procurando no mezclarse con ella, siguieron hasta el Capitolio, donde una ingente muchedumbre se hallaba reunida, escuchando las encomiables palabras

que Pompeyo, el triunviro, hacía de su amigo César.

Era la época en que todavía eran amigos ambos procónsules. Craso todavía formaba parte, con César y Pompeyo, del triunvirato, y la revolución parecía estar lejos.

Lo que Pompeyo decía de su camarada, héroe de las Galias, enardecía a la muchedumbre. Sin embargo, Max y Nadia lo sabían muy bien, algunos años más tarde, César se enfrentaría a su amigo, lucharía contra las legiones de Pompeyo y terminaría venciéndole en Tasalia. Luego, en Egipto, un oficial númida, presentaría a César la cabeza de Pompeyo.

Era una estampa maravillosa, de luz y color, antigua, llena de vida y mido, la que pudieron presenciar Nadia y Max, en medio de la muchedumbre, entre la que se movían, como espectros, sin despertar la atención de nadie, pese a que vestían las escafandras de los astronautas del siglo XXI, a más de dos mil cien años de la época que estaban visitando.

Podían oír y hablar entre sí. Pero no podían ser vistos ni escuchados. En realidad, aquel retroceso en el tiempo y en el espacio era como una intrusión de física negativa que los «kolwos» habían perfeccionado extraordinariamente, dado que la «inmersión» en el pasado jamás podía prolongarse más de veinticuatro horas seguidas. Razones de tipo físico lo impedían. Invariablemente, cualquiera que viajase en el tiempo, se veía forzado a regresar a su época, porque las necesidades fisiológicas les obligaban a ellos, pues no podían siquiera comer nada de cuanto veían, a pesar de visitar un mercado de frutas y verduras, de contemplar alimentos romanos de la época y hasta de visitar unas termas públicas.

Transcurrido el tiempo que les indicó Tkrawo, desaparecieron uno de la vista del otro, para encontrarse de nuevo en los asientos metálicos donde los técnicos «kolwos» les habían hecho sentarse para emprender el maravilloso viaje.

Salieron de la cámara-viajera y se encontraron de nuevo con sus compañeros, que conversaban con Tkrawo.

— ¿Cómo ha ido el viaje a la Roma antigua? —preguntó Stankowich.

— ¡Ha sido una experiencia inolvidable! —exclamó Max, relatando a continuación lo que habían visto y oído.

—Jamás os cansaríais de realizar esos viajes. Nosotros también los realizamos, de vez en cuando, para buscar algún antecedente histórico en épocas remotas.

»Es así como escribimos la historia. Llevamos equipos de grabación magnetoscópica. Se han hecho interesantes estudios al respecto. En nuestros archivos alienígenas poseemos una historia de la Tierra casi totalmente distinta a la que poseéis vosotros. Y es notable el estudio de esas diferencias… ¡Muy notable!

»Ahora quiero que vengáis conmigo. Hemos traído a un hombre que se alegrará de veros. Ha sido capturado por una de nuestras naves auxiliares y va a ser sometido a una operación neurosíquica.

»Se trata del general Santiago Álvarez…

* * *

A través de una pantalla extraordinariamente nítida, Max y sus acompañantes, sentados cómodamente en extrañas butacas, pudieron presenciar la operación a que fue sometido Santiago Álvarez.

En realidad, le aplicaron al cráneo unos alambres, mientras le tenían dormido sobre una mesa basculante. Luego pusieron en funcionamiento una máquina electrónica, y la operación terminó.

Cuando Álvarez fue conducido, ya ataviado con una escafandra y un equipo de vacío, a la estancia donde estaban Max y sus compañeros, en compañía de Tkrawo, parecía un ser distinto y singularmente curioso.

— ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Cómo he llegado? ¿Qué lugar es éste?

Tkrawo le explicó:

—Te inmovilizamos en tu refugio, entre las ruinas de Buenos Aires. De allí te hemos traído aquí, junto con tus compañeros, para ser operado del resentimiento que guardas contra nosotros. Sois casos de rebeldía psicopática. Nada grave. Nosotros no haríamos eso en nuestro propio beneficio, sino en el vuestro. Ahora podéis reintegraros a vuestra sociedad. Estamos seguros de que Max Weiss os acogerá con agrado.

—Desde luego —se apresuró a decir Max.

— ¿En qué he discrepado yo? —preguntó Álvarez.

—Te rebelaste contra vuestra actual Constitución. Eras partidario de emplear métodos agresivos contra nosotros, en represalia por lo ocurrido cuando enviamos ondas vibratorias contra vuestro sistema.

—Entiendo —dijo Álvarez, cariacontecido, ante la general curiosidad de sus compañeros—. Ahora sé que Max tiene razón. Es inútil luchar contra vosotros.

—Inútil y absurdo —dijo Tkrawo—. Jamás nos podréis causar daño.

—Sin embargo, vosotros nos lo causasteis a nosotros.

—Ciertamente. En principio, queríamos eliminaros. Estábamos seguros que vuestros adelantos técnicos y científicos sólo podían acarrearnos complicaciones. Nos esforzamos por conseguir una conciencia nueva en vosotros, pero erais demasiados. Por eso procedimos a destruir vuestra civilización.

»También nos equivocamos al creer que tardaríais más tiempo en recuperar lo que habíais perdido. En realidad, nosotros también tenemos poetas que se entretienen en divagar, enviando influencias mentales sobre vosotros para acelerar el progreso. Hemos de admitir que no todos los «kolwos» estaban de acuerdo con la decisión del Consejo Superior de provocar la hecatombe.

»Pero ya no importa. Aquellos seres debían morir. Había llegado su hora. No se les ha perjudicado en nada, puesto que los designios supremos corresponden al reino de Dios, muy por encima de todos nosotros.

»Y cuando Él quiere evitar un desastre, posee medios para impedirlo. Nada ocurre en todo el universo sin la voluntad de Dios. No lo olvidéis jamás.

»Ahora Santiago Álvarez volverá con vosotros y será un ciudadano ejemplar.

»Dentro de algunos meses, emprenderemos el regreso a Kolwo. Podéis nombrar una embajada que vaya a visitarnos. Nuestro Consejo Superior os recibirá con agrado y simpatía.

— ¿Y si una noche me despierto molesto y hago funcionar el vibrador de ondas negativas contra Kolwo? —preguntó Joel Stankowich.

—No podrás hacerlo. Las ondas vibratorias negativas están muy controladas. Tenemos más de cien seres pendientes de sus detectores. Si quisieras hacer una cosa semejante, o lo tratara de hacer alguien de la Tierra, inmediatamente sería neutralizado. Os asombraría conocer la cantidad de medios que tenemos para destruir no una raza, sino todas las razas existentes.

»Y, sin embargo, no los empleamos más que en defensa propia, que es la ley natural de supervivencia.

* * *

La Humanidad había entrado en contacto directo con una de las más

avanzadas civilizaciones del Universo. A partir de entonces, hermanados en el respeto y la consideración, ambas razas habrían de marchar juntas hacia un futuro infinito y eternamente incierto.

La civilización terrestre, influida desde épocas remotas por la invisible presencia de otras civilizaciones, había llegado a una honesta mayoría de edad.

No fue Max Weiss el máximo artífice del rápido progreso. Fueron todos los hombres, desde los mismos albores de la Historia, en bien y en mal, los que lograron el «salto al mañana». Seres de tiempos inmemoriales, cuyos espíritus colaboraron también desde un desconocido más allá, desde dimensiones incomprensibles, para que la raza de la que siempre formarían parte esencial pudiera tener un puesto en el concierto maravilloso de la creación, ser parte de Alfa y Omega, que siempre, por deseo expreso del Creador, ha mantenido en constante evolución a todas las especies del Universo.

La lucha habría de continuar a escalas interplanetarias. Lucha por la vida, por los valores morales, por la verdad y la razón, por la justicia; lucha, en definitiva, por el supremo valor espiritual del hombre.

Y lo que primero fue, allá en la nebulosa primitiva, la guerra contra el medio y luego contra el vecino hostil, para convertirse en conflagraciones a escala mundial, pasaría a ser contienda interplanetaria, y, por último, a conflagración extragaláctica.

Luchar y morir, para el hombre, siempre fue principio de progreso. La Humanidad siempre tendría que luchar, porque si dejaba de hacerlo, sería absorbida y dominada por otra humanidad.

¿No existe otro camino? ¿Cuál?

FIN